Cpt VII

OPUSCULOS MARIANOS

MAR-4/0010
1613619779

OPÚSCULOS MARIANOS

DEL CARDENAL SILICEO, ARZOBISPO DE TOLEDO,

TRADUCIDOS POR EL

Doctor D. Ramon Riu y Cabanas,

DIGNIDAD DE

ARCIPRESTE DE ESTA SANTA IGLESIA PRIMADA,

Y PUBLICADOS POR LA

Academia Bibliográfico-Mariana.

Con licencia eclesiástica.

LÉRIDA
IMPRENTA MARIANA
1891

Prólogo del Traductor.

Al proponerse la Academia Bibliográfico-Mariana como objeto exclusivo, el propagar las glorias de la Santísima Virgen Maria, no puede menos de interesarse en la publicacion de aquellas obras marianas escritas por los antiguos, que á pesar de contener tesoros de erudicion, piedad y elocuencia que nunca serán bastantemente apreciados, son sin embargo de pocos conocidas, ya por no haber sido vertidas á nuestra lengua, ya por ser muy raros los ejemplares que de ellas se encuentran. Así es, que teniendo esto en cuenta, no hemos vacilado un momento en ofrecer á la Academia la traduccion que hemos hecho de los Opúsculos Marianos escritos, á mediados del siglo XVI, por el Cardenal Siliceo, Arzobispo de Toledo.

Este insigne Prelado nació en Villa-Garcia (Estremadura) en 1475. Cursó y enseñó en las Universidades de París y Salamanca con admiracion y aplauso de sus maestros y discípulos. Terminada su carrera fué elegido Canónigo Magistral de Coria, donde se hallaba bien ageno de miras ambiciosas, cuando á poco le llamó á la córte el emperador Cárlos V para confiarle la educacion de su hijo. Al dejar este cargo de Preceptor y Maestro del gran Rey Felipe II, fué nombrado Obispo de Cartagena, desde cuya sede pasó en 1546 á la Primada de Toledo. En 1556 fué creado Cardenal del título de los Santos Nereo y Achileo; y al año siguiente, el dia 31 de Mayo, falleció en esta imperial ciudad, habiendo sido enterrado en la iglesia del Colegio de Nuestra Señora de los Remedios (1). De la devocion del Cardenal Siliceo á la Santísima Virgen son elocuente testimonio, además de sus escritos y de varios hechos particulares de su vida, la fundacion y dotacion del Colegio de Nuestra Señora de los Remedios para doncellas pobres, la del Colegio de Nuestra Señora de los Infantes para

(1) En el presente año 1891, se ha eregido un nuevo y suntuoso sepulcro de mármol para guardar los restos de este insigne Prelado y munificentísimo Fundador del Colegio.

seises y clerizones de la Catedral, y la de la casa de Nuestra Señora de Uceda.

Los Opúsculos Marianos que debemos á la pluma del piadoso Cardenal son tres: la exposicion del *Ave-Maria*, impreso en Toledo, en 1550; la de la *Salve Regina*, impreso en id. año 1555; y la del cántico *Magnificat*, impreso en id. año 1556. Los tres fueron escritos en latin, y por más que Nicolás Antonio en su *Bibliotheca nova*, tom. III nos dice que un familiar del Prelado tradujo y publicó el primero en Toledo en el año 1551, no hemos podido encontrar un solo ejemplar en las bibliotecas de esta ciudad, los mismos ejemplares latinos de los tres Opúsculos son hoy rarísimos y de pocos conocidos.

En cuanto al mérito y valía de estos Opúsculos Marianos, bastará hacer constar que el Cardenal Martinez Siliceo escribió en el siglo de oro de nuestra literatura, y que fué reputado como uno de los más eminentes teólogos y de los más profundos filósofos de su tiempo. Sólido y raciocinador en la exposicion, tiene á la vez una espontánea elocuencia y piedad que se insinúa suavísamente en el lector, pegándole aquel espíritu de devocion y ternura hácia la Reina de los cielos que llenaba el corazon del insigne Cardenal y que rebosa en todas las páginas de sus Opúsculos. Los sacerdotes, los religiosos y los fieles todos hallarán en ellos un riquísimo tesoro de luces y afectos con que deleitar su mente y su corazon en el rezo cotidiano del cántico y de las oraciones que con tanta maestría expuso la diestra pluma del Cardenal Siliceo.

Por lo demás, en la traduccion hemos procurado seguir fielmente el texto sin hacer alteracion ni omision alguna, por más que de ello y de nuestra torpeza en el oficio de traductor se resienta no poco la elegancia de estilo y belleza de lenguaje. Unicamente hemos añadido al pié del texto algunas breves notas aclaratorias y las acotaciones de las sentencias de la Sagrada Escritura que aduce el Autor en su exposicion, por creer que una y otra adicion serian de utilidad para los lectores.

Toledo, 31 de Mayo de 1891.

EXPOSICION

del divino Cántico «Magnificat» que pronunció la Madre de Dios por inspiracion del Espiritu Santo, y que se canta todos los dias á Visperas

(En este Cántico siempre habla la Virgen Maria Madre de Dios) (1)

I.

Mi alma engrandece al Señor.

El Señor Dios no puede ser engrandecido por otro más que por sí mismo; porqué, siendo todas las criaturas finitas y distando inconmensurablemente de Dios infinito, seria temerario afirmar que Dios es engrandecido por alguna criatura. Al decir pues, *mi alma engrandece al Señor*, quiero que tú, oh criatura, lo entiendas en el sentido de que Dios es considerado grande, magnífico y perfecto por las obras que El mismo hizo grandes, magníficas y perfectas, cuales fueron las que obró en mí.

Vemos ya en las sagradas Letras que engrandecer á Dios es lo mismo que significar que Dios es grande. De este modo, *los cielos pregonan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la grandeza de las obras de sus manos* (2); y todas las demás cosas hechas por Dios

(1) Por esto el Autor pone la exposicion del Cántico en boca de la Virgen. *(Nota del T.)*

(2) Psalm. XVIII. 2.

publican, señalan y engrandecen á su Criador Dios. Esto deseo que comprendan todos los mortales, para que amen y obedezcan al Dios Altísimo, de la misma manera que mi alma acató las palabras del Arcángel Gabriel que Dios me habia enviado.

Al saludarme aquél con estas palabras, *Dios te salve, oh llena de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres*, me estremecí, y toda turbada en mi exterior, púsome á considerar qué significaria una tal salutacion. Muchas cosas se me ocurrieron que me habian causado el temor. Primeramente, la inesperada vision del Angel cuyo resplandor y hermosura no hubieran podido resistir los ojos de los hombres; pues, muchas veces los sentidos son débiles para sufrir las mismas cosas sensibles elevadas á un grado excelente. Á esto se añade la majestad de la salutacion que contenia tres palabras, cada una de las cuales era suficiente para enagenar al que las oyera. Es de notar, que obran con más vehemencia las cosas alegres que las tristes. ¿Quién á esta palabra, *llena de gracia*, no quedaria estupefacto y como muerto á la violencia del gozo? Consideraba la autoridad dada por Dios al paraninfo Gabriel, y por esto temia contestarle. Por otra parte, me reconocia indigna de tan alta gracia; porque siendo yo de pocos años, escasos y casi nulos eran mis trabajos en el servicio de Dios para merecer dignidad tan excelsa; por esto estaba tambien perpleja y no me resolvia á contestar.

La segunda palabra que aumentaba mis dudas era aquella, *el Señor es contigo*. Sabia que en Dios están todas las cosas, y que por tanto yo estaba en El, pero por lo mismo me parecia un contrasentido, estar yo en Dios y estar Dios en mí. Además, como el continente debe guardar proporcion con el contenido, repugnaba que siendo Dios infinito estuviera circunscripto á un lugar estrecho y limitado como era mi sér. Pero teniendo presente lo que dice David, que es propio de Dios *poner los ojos en las criaturas humildes y mirar como lejos de sí á las altivas* (1) dudaba si en su bondad me habria mirado como humilde esclava suya.

La tercera palabra que del todo me sumergia en la turbacion y en la duda era aquella, *bendita tú eres entre todas las mujeres*. No ignoraba que la bendicion de las mujeres se conocia en la fecundidad y descendencia; más como yo desde mucho ántes me habia privado de esta bendicion con el voto perpétuo é irrevocable de virginidad que habia hecho, con razon vacilaba y en cierto modo me veia estrechada á no dar completa fe á las palabras del Angel. Porque, este en virtud de aquella bendicion me anunciaba que habia de ser Madre; y sin embargo en mi ánimo estaba firmemente no quebrantar jamás el voto de virginidad que habia hecho y cuya violacion reputaba grave pecado, según aquello de la Sagrada Escritura, *ofreced y cumplid vuestros votos al Señor* (2). Pero el mismo Angel que comprendia por sí mismo ó por revelacion divina estas mis dudas y temores, me añadió: «¡Oh »Maria! no temas porque has hallado gracia en los »ojos de Dios. Sábete que has de concebir en tu seno »y darás á luz un hijo, á quien pondrás por nombre »Jesús. Este será grande, y será llamado Hijo del Al»tísimo, al cual el Señor Dios dará el trono de su pa»dre David, y reinará en la casa de Jacob eternamen»te, y su reino no tendrá fin» (3). Entonces yo al oir estas palabras, darás á luz un hijo, y creyendo que

---

(1) Psalm. CXXXVII. 6.
(2) Psalm. LXXV 12.
(3) Luc. I. 30-33.

esto menoscababa el voto que habia hecho, pregunté al Angel; ¿cómo ha de ser eso, toda vez que no conozco ni jamás conoceré varon alguno? Y el Angel me respondió: «El Espíritu Santo descenderá sobre tí »y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra; »por cuya causa el Santo que de tí nacerá será llama»do Hijo de Dios. Y ahí tienes á tu parienta Isabel que »en su vejez ha concebido tambien un hijo; y la que »se llamaba estéril, hoy cuenta ya el sexto mes; por»que para Dios nada es imposible (1). Comprendiendo yo entonces que habia de ser madre por obra del Espíritu Santo, conservando inmaculado el lirio de mi virginidad, me sometí diciendo: *Hé aquí la esclava del Señor, hágase en mí segun tu palabra* (2) Y dada esta respuesta, el Angel desapareció de mi presencia. Y en el mismo instante de haber pronunciado mi respuesta, sentí que se habia obrado en mis entrañas el misterio de la Encarnacion del Verbo divino.

Por aquellos mismos dias, me fuí apresuradamente á una ciudad de la tribu de Judá, y entré en la casa de Zacarías; y habiendo saludado á mi parienta Isabel, sucedió que el niño que llevaba en su seno dió saltos de gozo y sintiéndose ella llena del Espíritu Santo, exclamó en alta voz diciéndome: «Bendita tú »eres entre las mujeres, y bendito es el fruto de tu vien»tre. Y ¿de dónde á mí tanto bien que venga la madre »de mi Señor á visitarme? Pues lo mismo fué penetrar »la voz de tu salutacion en mis oidos, que dar saltos »de júbilo el niño en mi vientre. Bienaventurada tú »que has creido; porque se cumplirán las cosas que se »te han dicho de parte del Señor» (3). Entónces yo

(1) Luc. I. 35-37.
(2) Luc. I. 38.
(3) Luc. I. 42-45.

misma Maria, Madre de Dios, prorumpí en este cántico: «Mi alma engrandece al Señor, y mi espíritu dió »saltos de gozo en Dios Salvador mio. Porqué ha pues»to los ojos en la bajeza de su esclava; por tanto ya »desde ahora me llamarán bienaventurada todas las »generaciones. Porqué ha hecho en mí cosas grandes »aquel que es Todopoderoso cuyo Nombre es santo; »y cuya misericordia se derrama de generacion en ge»neracion sobre los que le temen. Hizo alarde del po»der de su brazo; deshizo las miras del corazon de los »soberbios. Derribó del solio á los poderosos, y ensal»zó á los humildes. Colmó de bienes á los hambrien»tos, y á los ricos los despidió sin nada. Acordándose »de su misericordia acogió á Israel su siervo; según la »promesa que hizo á nuestros padres, á Abraham y á »su descendencia por los siglos de los siglos (1).»

Habia visto de lleno en mi interior la majestad de Dios y habia gustado su suavidad; y por lo mismo este cántico, era una manifestacion exterior de lo que pasaba en mi interior (2). Sé que muchísimos devotos mios desean la interpretacion de este cántico, y para que no tengan que seguir la de otros, expondré algunas consideraciones con las cuales el cristiano lector podrá conocer la verdadera exposicion de dicho cántico en el que se contienen diez versículos.

El primero es: *Mi alma engrandece al Señor*. Nadie debe poner en duda que el alma en el hombre es por su virtud de tres maneras, *vegetativa, sensitiva é inte-*

(1) Luc. I. 46-55.
(2) El *Magnificat*, ha dicho Augusto Nicolás en su bellísima obra *La Virgen Maria y el Plan divino*, es el canto de la Maternidad divina en su efusion primera, el epitalamio del Espíritu Santo, el himno del Verbo al entrar en Maria, alabándola por su boca que no hacia sinó cantar exteriormente este himno admirable que El mismo componia en su corazon. (*Nota del T.*)

lectiva (1). Por la primera somos semejantes á las plantas, por la segunda á los animales, y por la tercera á los Angeles. Las tres, segun lo atestiguan las sagradas Letras, por el pecado de nuestro primer padre Adan se hallan lesionadas en sus descendientes. ***Los sentidos y pensamientos del corazon humano están inclinados al mal desde su mocedad***, dijo Dios (2). Si los primeros Padres y sus descendientes se hubiesen conservado en la justicia original, no les hubiera sobrevenido enfermedad alguna en el cuerpo, ni la rebeldía en los sentidos, ni el pecado en el corazon. Y estos males, por haber perdido la justicia original, alcanzan á todas las humanas criaturas, exceptuadas dos únicamente, mi hijo Cristo y yo su Madre Maria. Se produce la enfermedad y la muerte en los cuerpos de los hombres por la caida del alma *vegetativa*. Enferman las plantas y se secan como vemos, en lo cual consiste su muerte; y esto sucede porque se corrompen sus almas que son en ellas los principios vita-

(1) En las sustancias vivientes distinguen los filósofos, tres géneros de almas ó principios de vida que corresponden á tres distintos modos que los séres animados tienen de moverse á si mismos. En efecto: al primer modo de vida que se observa en las plantas corresponde el principio vital de las mismas que se llama *alma vegetativa;* el segundo que se halla en los animales procede del alma que los informa, llamada *sensitiva;* y el tercero que se hecha de ver en el hombre es consiguiente al alma *intelectiva ó racional;* que informa á nuestro cuerpo. Pero nótese bien que el alma *racional* es forma verdadera, inmediata y sustancial del cuerpo, y como tal es el único principio de todas las operaciones intelectuales, sensitivas y vegetativas en el hombre. Por esto la doctrina católica y la sana filosofía establecen de consuno que en el hombre hay una sola alma y esta racional, si bien *virtualmente* puede ser llamada múltiple, porque hace en el cuerpo humano lo que hace el alma *sensitiva* en los brutos y la *vegetativa* en las plantas. Véase el Doctor Angélico. *Part. I. quaest. 76. art. 3.*

En este sentido que aparece ya del mismo texto del Autor, se ha de entender la distincion que hace de las tres almas en el hombre, y la paráfrasis que sobre ella hace en boca de la Santísima Virgen. *(Nota del Traductor.)*

(2) Gen. VIII, 21.

les (1). Siguen esa misma ley todos los animales cuya vida no es más que la prolongacion de la fuerza nutritiva; pues mientras son alimentados y nutridos viven, pero al dejar de nutrirse perecen.

Mi alma *vegetativa* engrandece al Señor; esto es, el poder y grandeza de Dios pueden ser admirados en esta mi alma, por haberla formado tan perfecta que no padece enfermedad alguna corporal, lo cual no se vé en las otras almas *vegetativas* de las plantas, de los animales, y de los hombres.

Asimismo engrandece al Señor mi alma *sensitiva*, que obrando en los cinco sentidos, de tal manera los refrena y dirige, que no hay en ellos desórden alguno, sinó que obedecen á la razon como los cuerpos celestes obedecen á sus motores. Siendo pues cierto como lo es, que los hombres son arrastrados por los objetos sensibles, y que por ellos caen muchas veces en pecado, plugo sin embargo al omnipotente Dios, concederme á mi su Madre esta gracia singular, que mi alma *sensitiva* estuviera libre del fomes del pecado original (2). Por ahí se hacen patentes las grandes prerogativas otorgadas á mi alma y por esto con razon exclamé: *Mi alma engrandece al Señor.*

(1) El alma de la planta tiene un sér en el organismo de ella, pero como orma del todo dependiente del tal organismo, sin el cual no puede subsistír ni un solo instante; y por esto no muere ó se corrompe *per se* sinó *per accidens*, ó sea en cuanto este organismo perece ó se corrompe, lo cual sucede cuando pierde la forma que actualmente lo anima, y toma otra forma sustancial diferente.

Así tambien el alma de los brutos depende del cuerpo en el ser y en la actividad que de ella procede, y es así mismo corruptible pereciendo en el punto que muere el animal, ó sea al momento que cesa la potencia nutritiva. *(Nota del T.)*

(2) La Iglesia de Toledo fué de las primeras en celebrar la fiesta de la Inmaculada Concepcion de Maria; y al confesar este misterio, podemos decir que el Autor no hizo más que seguir la tradicion de su iglesia, y las enseñanzas y ejemploa de sus predecesores San Ildefonso y el Cardenal Cisneros. *(Nota del T.)*

Que mi alma *intelectiva* engrandece tambien al Señor se manifiesta claramente; porque siendo la más humilde entre las almas racionales y aún más humilde que los Angeles, fué no obstante enaltecida por el Señor Dios para ser coronada sobre los coros de los Angeles. Y de nuevo se reconoce aquí el poder y la grandeza de Dios que obra tales cosas. Pues: ¿puede imaginarse álguien humildad mayor en mi entendimiento, que la que tuvo al creer que todo cuanto habia dicho el ángel Gabriel enviado por Dios era cierto, por más que pareciera absurdo á la luz de la razon natural? Pero de Dios no puede proceder la falsedad, y por tanto debemos someternos á Dios, y no debemos disputar con El. Y como la luz natural dada por Dios al entendimiento humano viene á ser como el alma del mismo entendimiento, se hace preciso que este en cierto modo muera á sí mismo, cuando al conocer que no basta la luz natural recurre á la luz de la fe. Por esto, mi entendimiento hecho obediente hasta dicha muerte, fué exaltado por Dios sobre los coros de los Angeles. Si los demonios hubiesen tenido esa humildad, no habrian sido precipitados al abismo (1). Tú, oh hombre viador, cualquiera que seas, aprende esta manera de discurrir si quieres reinar con Dios. Porque, no pudiendo nosotros llegar con nuestras fuerzas al reino de Dios, es necesario que nos fortifiquemos con las fuerzas de la fe, para remontarnos á las moradas celestiales.

---

(1) La fe es al mismo tiempo un acto del entendimiento y de la voluntad. Pero la voluntad en tanto manda al entendimiento asentir á la fe, en cuanto es movida por la gracia divina. Por esto el creyente se humilla, y podemos decir que muere á sí mismo, porque hace el sacrificio entero de si mismo al ofrecer á Dios su entendimiento y su voluntad, dejándose conducir por El unicamente en todas las cuestiones, ya se refieran al tiempo, ya á la eternidad. Más, en la humillacion está la gloria; y no hay mayor gloria para la razon creada que el estár sometida á la verdad increada. (*Nota del T.*)

Por lo cual habiendo yo Maria considerado en mi entendimiento esta gran obra de Dios y su bondad infinita para conmigo, libérrimamente pronuncié aquellas palabras, *hé aquí la esclava del Señor, hágase en mí segun tu palabra;* y al momento sentí que se habia obrado en mi seno la Encarnacion del Verbo. Y esto acaeció en el mismo instante que terminé mi contestacion; *mudanza fué esta de la diestra del Altísimo* (1). Mi sangre purísima fué llevada al lugar aquel en que á la vez es formada el alma y es unida al Verbo. Ni tienen que admirarse los filósofos, si hecho un milagro mayor se siguen luego otros muchos: porque es muy conforme á razon que admitamos la existencia de milagros pequeños como accesorios, si admitimos la de un milagro mayor y principal. A la verdad, no puede haber milagro mayor que el que Dios se haga hombre y el hombre se haga Dios. Y si en el momento dicho el Verbo se hizo carne, no es de estrañar que en el mismo instante mi sangre se halle en un lugar en que ántes no estaba, y que allí sea animada y unida á Dios. Es desde luego milagro mayor, que en un momento dado Dios crie de la nada y llame aquellas cosas que no existen como si existieren ya, que no aquello que ya existe llevarlo en un instante cualquiera de un lugar á otro.

Al conocer pues que tales y tantos portentos se habian obrado en mi seno, no pude menos de prorumpir en este cántico. *Mi alma engrandece al Señor.* Engrandeced por lo mismo, oh hijos de los hombres, *engrandeced conmigo al Señor, y todos á una ensalcemos su nombre* (2); cantad conmigo todos y cada uno de vosotros diciendo, *el alma de Maria engrandece al*

---

(1) Psalm. LXXVI. 11.
(2) Psalm. XXXIII, 4.

Señor; toda vez que los portentos que Dios ha obrado en mí, tienen por objeto vuestra salvacion y la del mundo entero.

II.

Y mi espíritu dió saltos de gozo en Dios Salvador mio.

Habiendo conocido que el Señor Dios nuestro habia obrado en mí cosas grandes, por lo cual un gozo y júbilo inefables inundaban á mi alma, esto es, á mi alma *vegetativa*, *sensitiva y racional* que forman lo que llamamos espíritu (1), no debia ni podia impedir que mi espíritu corriera anhelante á su Criador y Bienhechor para ofrecerle estos mismos transportes de gozo, y á la vez manifestarle mi gratitud por los dónes recibidos. Nada puede haber más agradable á Dios que la gratitud; y aquéllos que atribuyéndose á sí mismos, como si de ellos procedieran, los dónes que han recibido del cielo, no dan gracias á Dios, indignos se hacen no ya sólo de recibir nuevos dónes, sinó hasta de retener los que habian antes obtenido. Pero al ver yo á todo mi sér rendido á Dios, vuelta á mi parienta Isabel canté este segundo versículo: *Y mi espíritu dió saltos de gozo en Dios Salvador mio.*

Dios es salvacion verdadera para aquéllos que despues de haber recibido beneficios de su mano, le obedecen con amor; pero al contrario, caen en flaquezas y males irremediables aquellos que con soberbia se atribuyen á sí propios los beneficios divinos. Se regocijó, pues, mi espíritu no en sí mismo, sinó en Dios de quien habia recibido la salud, en Dios, repito, mi

(1) Ya hemos advertido que los actos de vegetar, sentir y entender por más que sean en sí distintos, proceden en el hombre de un sólo principio que es el alma racional. (*Nota del T.*)

Salvador. Digno es en verdad, que se transporten de gozo todos mis espíritus (ó principios vitales), toda vez que aquel que es espíritu por excelencia, mi Hijo, se regocijó en mi vientre, y á impulsos de este júbilo el niño Juan se regocijó tambien en el vientre de Isabel, la cual al ser primeramente saludada por mí, quedó llena del Espíritu Santo, y exclamó diciéndome: «Bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es »el fruto de tu vientre. Y ¿de dónde á mí tanto bien, »que venga la Madre de mi Señor á visitarme? Pues »lo mismo fué penetrar la voz de tu salutacion en mis »oidos, que dar saltos de júbilo el niño en mi vien»tre» (1). Y por más que todos mis espíritus se conmovieron con inefable gozo, especialmente se conmovió y se regocijó en Dios el espíritu superior de mi alma racional, que suele ser llamado por los sabios, entendimiento y centella de la inteligencia, ó porcion de la razon superior.

Para mayor explicacion de esto, conviene saber que el alma racional se divide en dos partes ó porciones, no porque realmente pueda dividirse, siendo como es indivisible, sinó porque tiene dos oficios distintos; por el uno se ocupa en las cosas inferiores, y por el otro en las superiores y divinas. Uno y otro notó más tarde Pablo, el Doctor de las gentes, cuando dijo: «Oraré con el espíritu, y oraré tambien hablan»do inteligiblemente; cantaré salmos con el espíritu, »pero los cantaré tambien inteligiblemente (2). Cantamos á Dios en el templo con el espíritu, esto es, con el alma que es espíritu, la cual mueve las fuerzas y órganos inferiores para que prorrumpamos en voces exteriores en alabanza de Dios cantándole himnos y cánticos.

(1) Luc. I. 42-44.
(2) 1.ª Cor. XIV. 15.

Además, se ocupa nuestra alma en otro oficio más divino, cuando en silencio rogamos á Dios y le cantamos inteligiblemente, cuyo silencio es una verdadera alabanza de Dios, segun dice el profeta David: *á ti, oh Dios, te es alabanza el silencio en Sion.* Aquí, en Sion está representada el alma contemplativa, ó sea, el mismo entendimiento, el mismo espíritu superior del alma, el cual al ser arrebatado á la contemplacion de Dios, se transporta de gozo como si saliera fuera de sí, y elevado en éxtasis se une á Dios tan íntimamente, que olvidado de sí mismo parece como convertido en Dios que es su verdadera salud; y es por tanto más tiempo dichoso, cuanto más tiempo por medio de la contemplacion está adherido á Dios. Y si bien muchas veces experimenté yo tales raptos y éxtasis, los sentí principalmente al concebir en mi seno al Hijo de Dios y al ver que era su Madre por obra del Espíritu Santo; por esto mi espíritu superior se transportó de gozo en Dios mi Salvador.

Ese transporte de gozo que en cierto modo puede ser llamado bienaventuranza, por lo ménos en el rapto, no puedo darlo á entender á un simple viador; porque no hay palabras bastantes para describir aquellos misterios que se ofrecen á la admiracion y adoracion del entendimiento en aquella union con Dios, ó sea en aquella contemplacion de la divina esencia. Esta bienaventuranza solamente la alcanzan aquellos viadores limpios de corazon, de quienes dijo mi Hijo en sus sermones: *Bienaventurados los limpios de corazon porque ellos verán á Dios* (1). Porque siendo Dios espíritu purísimo, únicamente puede ser visto por el espíritu, pero no por todos, sinó solo por aquel cuyo entendimiento esté purificado, iluminado y perfecto.

(1) Matth. V. 8.

Cuando el hombre logra esta vision en la vida presente, es llamado bienaventurado, pero no lo es plenamente, sinó *in via* y como de paso. Ni se opone á lo dicho, que Juan mi primo hermano inspirado por el Espíritu Santo escribiera que, *á Dios nadie le habia visto jamás* (1); ni aquello que antes habia pronunciado Dios à Moisés: *no me verá hombre ninguno sin morir* (2): porque estos textos se han de entender en el sentido que, mientras sea el hombre viador, no sucederá esto de un modo permanente y perfecto.

La bienaventuranza permanente y perfecta que se llama vida eterna, consiste en que despues de la vida presente veamos á Dios y aquel á quien envió Jesucristo, Hijo mio, en su casa, ó sea en el paraíso, donde confiaba morar David cuando exclamaba: *Una sola cosa he pedido al Señor, esta solicitaré, y es, el que yo pueda vivir en la casa del Señor todos los dias de mi vida* (3). Esta bienaventuranza perfecta solamente la tuvo el alma de mi Hijo segun la porcion superior, desde el tiempo de su creacion; pues en su esencia no es ahora más bienaventurada en el paraíso, de lo que lo fué en el momento de ser criada por Dios. Los demás Santos tendrán tambien esta bienaventuranza ó gloria; y segun la variedad de sus mèritos obtendrán moradas y mansiones distintas. Por esto ya en las sagradas páginas se dijo: *Gozaranse los santos en la gloria y regocijarse han en sus moradas* (4). Hay en la casa de nuestro Dios muchas mansiones, y de ellas solo mencionamos dos en las cuales los espíritus de los ángeles y de los hombres gozan de la contempla-

(1) Joan. I, 18.
(2) Exod. XXXIII, 20.
(3) Psalm. XXVI, 4.
(4) Psalm. CXLIX, 5.

cion eterna en aquella fuente de bienaventuranza. Estas son la majestad de Dios y su inefable bondad; la primera engendra el santo temor, la segunda el amor. Así pues, los espíritus bienaventurados contemplando la majestad de Dios le veneran, y contemplando su bondad le aman vehementemente. De esta manera, no hay el peligro de que la reverencia sin el amor produzca tormento, ó que el amor sin la reverencia sea atrevido; porque como los espíritus bienaventurados por más que vean á Dios no pueden comprenderle, sobrecogidos de admiracion, tanto más ardientemente le aman, cuanto más claramente conocen que es incomprensible.

Conociendo mi espíritu todas estas cosas, se transportó de gozo en Dios mi salvador; en Dios, repito, que acababa de hacerse Hijo mio para salvar al mundo que perecia.

III.

Porque ha puesto los ojos en la bajeza de su esclava, por tanto ya desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones.

Las últimas palabras que de mí dijo mi pariente Isabel después que la hube saludado, fueron estas: «Bienaventurada tú que has creido, porqué se »cumplirán las cosas que se te han dicho de parte del »Señor. Entónces yo contesté diciendo: Porque ha »puesto los ojos en la bajeza de su esclava; por tanto »ya desde ahora me llamarán bienaventurada todas »las generaciones,» con los demás versículos arriba puestos.

Veamos ahora si repugnan entre sí estos dos conceptos; que yo sea bienaventurada por haber creido al Angel que me saludó, y que sea bienaventurada

porque Dios miró mi humildad. Y por más que otra cosa parezca, no hay realmente contradiccion entre estas dos afirmaciones. La primera hízola Isabel, la segunda yo; pero haciendo mias las dos, repito que por dos motivos soy bienaventurada, uno porque creí al Angel enviado, y otro porqué Dios miró mi humildad. El primero es como camino y preparacion para el segundo, pues dice Dios; *convertíos á mí, y yo me volveré á vosotros* (1). Y si Sara estéril por naturaleza y por edad recibió de Dios la gracia de concebir, porque creyó al Angel que le habia sido enviado, diciéndole que habia de ser madre de Isaac; ¿cuánto más me habia de hacer bienaventurada mi fe, al creer que siendo yo virgen, seria Madre de Dios, sin detrimento de mi virginidad antes del parto, en el parto y después del parto? Grande ciertamente aparece la humildad en el entendimiento de la estéril Sara que á pesar de reconocerse tal por su naturaleza y avanzada edad, creyó á Dios al revelarle que seria madre de un hombre mortal; pero mucho mayor ha de considerarse la humildad en el entendimiento de una virgen que cree ha de dar á luz al Dios inmortal hecho hombre mortal. De ahí que por este motivo Isabel afirmó que debia ser llamada á la vez bienaventurada y bendita.

Y que todas las generaciones me habian de llamar bienaventurada, precisamente por haber mirado Dios la humildad de su esclava, desde luego se comprende; porqué, «no somos suficientes por nosotros mismos »para concebir algun buen puensamiento, como de »nosotros mismos, sinó que nuestra suficiencia viene »de Dios (2). Y, no es obra del que quiere ni del que

---

(1) Zach. I. 3.
(2) 2.ª Cor. III. 5.

»corre, sino de Dios que usa de misericordia (1).» Asi es, que soy bienaventurada por la voluntad de Dios que es la causa primera; si bien puedo decir que secundariamente soy bienaventurada, porque sometí mi voluntad y mi entendimiento á la voluntad divina, asintiendo al mensaje del Angel.

Nuestras acciones son vanas si no proceden de Dios ya que *toda dádiva preciosa y todo don perfecto de arriba viene, como que desciende del Padre de las luces* (2), quien no sólo miró la humildad de su esclava, sinó que tambien me hizo humilde. Antigua costumbre es en Dios mirar sus obras. *Vió Dios todas las cosas que habia hecho; y eran en gran manera buenas* (3). Es propio de Dios, *poner los ojos en las criaturas humildes y mirar como lejos de sí á las soberbias* (4). Por esto el mismo Dios dijo ya por Isaías: *¿en quién pondré yo mis ojos, sinó en el pobrecito y contrito de corazon, y que oye con respetuoso temor mis palabras?* (5) Bienaventurados por tanto aquellos á quienes Dios volviere sus ojos. Y así, porque miró la humildad de su esclava, por eso me llamarán bienaventurada todas las generaciones tanto de cristianos, como de judíos y gentiles.

IV.

Porque ha hecho en mí cosas grandes aquel que es Todopoderoso, cuyo Nombre es Santo.

Desde ahora me llamarán tambien bienaventurada todas las generaciones, porque ha hecho en mí cosas grandes aquel que es Todopoderoso, cuyo Nombre es Santo. El Dios omnipotente no suele hacer sinó cosas grandes. Bienaventurados aquellos en quienes estas recayeren. Empero á mí, *en delicioso sitio me cupo la suerte; hermosa es á la verdad la herencia que me ha tocado* (1).

Si se me pregunta en qué consisten esas cosas grandes, lo diré en pocas palabras. Grande es, el haberme Dios santificado de tal modo que fuere exenta de todo pecado original, venial y mortal. Grande es, el haber sido exaltada por Dios sobre los coros de los ángeles. Grande es, que en el mismo instante de mi concepcion derramara Dios en mí tanta humildad, y que la mirase como fundamento de todas las demás virtudes, hasta el punto de llamarme por ella bienaventurada todas las generaciones. Finalmente, grande es sobre toda ponderacion, que Dios me escogiere por Madre suya.

Todas estas cosas ha obrado en mí el poder de Dios; y su Nombre es Santo, aquel Nombre, digo, que es sobre todo nombre, del cual dijo Moisés por revelacion divina: *el Señor se ha aparecido como un valiente campeon; es su nombre el Omnipotente* (2). Desde mi infancia tal fué la veneracion que tuve á este Nombre, con tanta frecuencia lo repetia mi boca, que parecia no saber gustar otra cosa más que el nombre de Dios Señor nuestro. Lo que eneste Nombre viene significado, esto es la esencia divina, Padre, Hijo y Espíritu Santo, obraron en mí tales cosas, que ya como olvidada de mi misma nada veneraba y amaba fuera de la divina esencia y sus tres Personas. Por esto la Sabiduria del eterno Padre, que es la segunda persona de la Trinidad, el mismo Verbo divino por quien Dios habia hecho todas las cosas, por decreto de toda la

(1) Rom. IX, 16.
(2) Jacob. I. 17.
(3) Gen. I. 31.
(4) Psalm. CXXXVII, 6.
(5) Isai. LXVI, 2.

(1) Psalm. XV. 6.
(2) Exod. XV. 3.

Trinidad Santísima, descendiendo el Espíritu Santo se dignó tomar carne en mis purísimas entrañas y se hizo Hombre. Y si el vulgo llama dichosos á aquellos que fueron escogidos por modelos para estátuas de reyes ó de Santos; ¿cuánto más santamente serán bienaventuradas mis entrañas en las que fué labrada aquella piedra divina que desecharon los arquitectos, que es Jesucristo Salvador del mundo? Todas esas cosas grandes obradas en mí proceden únicamente de Dios y de su Santo Nombre, y por ellas me llamarán bienaventurada todas las generaciones.

V.

Y su misericordia se derrama de generacion en generacion sobre los que le temen.

Es de tanto valor y mérito el temor de Dios, que alcanza de Él misericordia para todos los descendientes del que lo tiene. David y su hijo Salomon tal estima hicieron de este amor filial, que inspirados por el Espíritu Santo dijeron que, *el principio de la sabiduría era el temor de Dios* (1). Y no sólo el Señor se ha compadecido de mí que temia su Nombre, sinó que se ha compadecido tambien de todos los que le temen. A todas las generaciones de judíos, gentiles, paganos y bárbaros se extiende la misericordia de Dios con tal que teman su Nombre con el temor acompañado de la fe cristiana. Porque es de saber, que el Señor compadecido del humano linaje, le hizo el insigne beneficio de que se encarnára en mi seno Aquel á quien una vez venido al mundo pudieran imitar todos los mortales.

(1) Psalm. CX. 10. : Eccli. I. 16.

En otro tiempo, Dios habia manifestado su poder en la creacion del mundo, su sabiduría en el gobierno del mismo, su justicia en el castigo de los pecados; faltaba empero que manifestara su misericordia en la Encarnacion de su Hijo. Las tres primeras manifestaciones habíalas visto David, pero deseaba con ánsia la cuarta, cuando vuelto á Dios decia: *muéstranos Señor tu misericordia, y danos tu salud* (1). La salud de Dios es Cristo Jesus, Salvador del mundo, de quien hablando Dios á David dijo: *colocaré sobre tu trono á tu descendencia* (2). Por lo cual, despues de la Encarnacion del Verbo, el Dios omnipotente que ántes se llamaba Dios de las venganzas, vino á ser tan misericordioso que parece haberse convertido en la misericordia misma. Entónces se cumplió aquello que ya mucho antes habia cantado David; *la tierra está llena de la misericordia del Señor (3):* y lo otro: *encontráronse juntas la misericordia y la verdad, diéronse un ósculo la justicia y la paz (4).* Esto es; la misericordia de Dios Padre y la verdad del Hijo encontráronse juntas en mi vientre; y la justicia, ó sea la severidad de Dios Padre, y la paz que trajo al mundo mi Hijo diéronse un ósculo en la Encarnacion. Ya no tienen los hombres porqué estar en zozobra ni porqué temer, con tal que sean humildes y temerosos de Dios.

En nada se conoce más la misericordia de Dios que en aquellos que le temen y son humildes. Puede asegurarse que es como propio de Dios, desde la primera generacion que se llama temor de Dios hasta la última, elevar á los que le temen, lo cual es indudablemente obra de su misericordia. Estas generaciones

(1) Psalm. LXXXIV. 8.
(2) Psalm. CXXXI. 11.
(3) Psalm. XXXII 5.
(4) Psalm. LXXXIV. 11.

que por otro nombre se llaman dónes del Espíritu Santo, las enumera Isaías diciendo: *Reposará sobre él*, esto es el humilde, *el espíritu del Señor, el espíritu de sabiduria y de entendimiento, el espíritu de consejo y de fortaleza, el espíritu de ciencia y de piedad, y estará lleno del espíritu del temor del Señor* (1). Comenzó Isaías por la primera generacion que se llama sabiduria, y bajó hasta la séptima y última que es el temor del Señor, para enseñarnos que nosotros subirémos por grados á la sabiduría, si tenemos el temor de Dios. Este temor lo dá Dios por su misericordia à los humildes, haciéndolos piadosos, instruidos, fuertes, consejeros, prudentes y sabios.

Concluyamos pues, que la misericordia de Dios se extiende de generacion sobre los que le temen.

VI.

Hizo alarde del poder de su brazo; deshizo las miras del corazon de los soberbios.

MANIFESTÓ Dios su poder en la fuerza de su brazo y del de su Hijo y mio *por quien crió tambien los siglos* (2). Es Él tan poderoso, que sin valerse de los medios ordinarios, me hizo Madre y dí á luz al mismo Dios hecho Hombre, sin detrimento alguno de mi candor virginal. *¿A quién ha sido revelado ese brazo del Señor?* preguntaba Isaías (3); y David pedia á Dios que no le abandonase hasta que hubiere anunciado su brazo á todas las generaciones venideras.

Demuestra principalmente su poder el brazo de Dios, en que desecha de sí á los soberbios, y no sólo

(1) Isai. XI. 2-3.
(2) Hebr. I. 2.
(3) Isai. LIII. 1.

los desecha sinó que los precipita y dispersa *como polvo que el viento arroja en la superficie de la tierra* (1). Esta soberbia hízo caer á nuestro primer padre Adan; de ahí como por herencia, casi todos los hombres nacen soberbios. Ni por otra razon fueron los demonios precipitados desde el cielo, sinó porque llevados de la soberbia no quisieron tributar á Dios los honores debidos. No tienen los hombres de que ensoberbecerse, toda vez que fueron criados de la nada y pasarán á otro estado peor que la nada, el infierno, si se dejan infatuar por la soberbia.

Grande es el poder que se manifiesta en la creacion del hombre que obró el brazo de Dios; pero grande es tambien el poder que resplandece en el castigo eterno de los soberbios. No sin fundamento es llamada cabeza de todos los pecados la soberbia, de la cual quien desee verse libre es preciso que aprenda á ser humilde y despreciado. A este tal, Dios le mira con ojos clementísimos, mientras al altivo y soberbio lo mira léjos de sí. «¿Pues quién (dice David) como el »Señor nuestro Dios que tiene su morada en las altu»ras y está cuidando de las criaturas humildes en el »cielo y en la tierra? Levanta del polvo de la tierra al »desvalido y alza del estercolero al pobre, para colo»carle entre los príncipes, entre los príncipes de su »pueblo (2). Por desvalido y pobre entiende Dios al humilde; á este le levanta del estercolero del mundo presente para colocarlo entre los príncipes celestiales. Algunas veces le hace pasar tambien por las jerarquías de este mundo inferior; no para que se ensoberbezca, sino á fin de que conservándose en la humildad sirva á los demás de guia y ejemplo para adquirirla.

(1) Psalm. I. 4.
(2) Psalm. CXII. 5-8.

VII.

Derribó del sólio á los poderosos, y ensalzó á los humildes.

Son llamados poderosos aquellos que confian en sus riquezas y potestad, sin reconocer á Dios como dador de todos los bienes. A esos tales mi Hijo les propuso esta parábola; «Un hombre rico tuvo una ex»traordinaria cosecha de frutos en su heredad, y dis»curria para consigo, diciendo: ¿Qué haré, que no »tengo sitio capaz para encerrar mis granos? Al fin »dijo: Haré esto; derribaré mis graneros y construiré »otros mayores, donde almacenaré todos mis produc»tos y mis bienes, con lo que diré á mi alma: ¡Oh »alma mia! ya tienes muchos bienes de repuesto para »muchísimos años; descansa, come, bebe, y date buena »vida. Pero al punto le dijo Dios: ¡Insensato! esta mis»ma noche han de exigir de tí la entrega de tu alma; »¿de quién será cuanto has almacenado?..... Esto mis»mo es lo que sucede al que atesora para sí, y no es »rico á los ojos de Dios (1).»

Así pues, derribados son del solio de las riquezas los que en ellas confian creyendo que con ellas han de ser poderosos. Y no sólo son derribados, sinó que tales poderosos serán poderosamente atormentados. Empero á los pequeños y verdaderamente humildes se les concede misericordia. Como dijo Salomon (2), *la maldad derrocará los tronos de los potentados*, á quienes muchos lisonjean y se hacen amigos suyos por los dones que reciben de sus manos. «Muchos potentados »cayeron en grande ignominia, y los magnates fueron

(1) Luc. XII. 16-21.
(2) Sap. V. 24.

»entregados como esclavos: Sentáronse en el trono »muchos tiranos; y un hombre en quien nadie pensa»ba se ciñó la diadema (1). Implacable se mostró Dios »á los pecados de los antiguos gigantes, los cuales va»namente confiados en sus fuerzas fueron aniquilados »con el diluvio. (2).» Esas y otras muchas imprecaciones contienen las Sagradas Escrituras contra los poderosos soberbios.

Más al contrario; que Dios exalta á los humildes se deduce desde luego de que á ellos confiere la gracia, á la que sigue la gloria del paraíso que es la exaltacion suprema de los humildes. Es propio de Dios resistir á los soberbios, y á los humildes darles la gracia. Esa humildad me hizo inicialmente Madre de Dios Todopoderoso á quien yo siendo humilde dí á luz hecho Hombre; en cuya persona, mucho antes de su Nacimiento habló David cuando dijo: *Yo soy un gusano y nó un hombre; el oprobio de los hombres y el desecho de la plebe* (3).

Largo seria enumerar desde la creacion del mundo todos los poderosos y soberbios que Dios derribó de su sólio, pompa, estado y dignidad, colocando en su lugar á los humildes y del todo ignorados para el mundo. Por tanto, si deseamos ser exaltados por Dios, debemos comenzar por abatirnos; y si queremos ser poderosos debemos humillarnos. No puede haber camino más seguro y más cierto que la humildad para obtener la verdadera grandeza.

(1) Eccli. XI. 6-5.
(2) Eccli. XVI, 8.
(3) Psalm. XXI, 7.

VIII.

Colmó de bienes á los hambrientos, y á los ricos los despidió sin nada.

Siendo el hambre de dos maneras, una que pertenece á la razon, y otra que corresponde á la parte sensitiva, de entrambas debemos decir algunas palabras. Y comenzando por aquella que es propia del espíritu, conviene saber, que el hambre se halla en las tres potencias del alma, entendimiento, voluntad y memoria. Tiene hambre el entendimiento del hombre cuando reconoce que está necesitado al carecer de las divinas luces; pues no basta al entendimiento la luz natural que por sí tiene, por más que de ella se sirva como de primer escalon para llegar á las altísimas obras y atributos de Dios que se ven con la luz de la fe. Los que de este modo sienten hambre serán colmados de bienes espirituales que desde luego son los bienes por excelencia. Esos bienes espirituales los obtuvieron en primer lugar los Angeles santos, quienes al ser criados por Dios y al verse enriquecidos con la luz natural de su inteligencia, no se complacieron en ella, antes bien reconocieron que habian de ser pobres si no eran iluminados por otra luz más alta. De ahí que considerándose hambrientos, rendidamente suplicaban á Dios á quien aún no habian visto, que se dignase enviarles aquella luz con la cual pudieran verle, á fin de que una vez visto le tributasen la adoracion que era debida á tan generoso Señor por el beneficio de la creacion que les habia hecho. Y los otros Angeles malos que se creyeron ricos, poderosos y abundantemente regalados con su luz natural, sin obligacion alguna de prestar reverencia á Dios por los beneficios recibidos, á esos el Señor los despidió sin nada.

Ahora hablemos algo de la voluntad que es llamada apetito intelectivo. Se dice que esta tiene hambre, cuando se mueve á desear el bien del cual carece. Este bien es la gracia, sin la que nadie puede agradar á Dios. Así pues, cuando el alma siente esa hambre de tal modo que para adquirir esta gracia ó para aumentarla está dispuesta á renunciar todo cuanto posee, entónces Dios la colma de bienes. Más si el hambre y apetito de la voluntad solo se extiende á las riquezas de este mundo, lo cual aparece ser propio de las voluntades de los ricos, entónces Dios la despide sin nada.

Finalmente, la memoria siente tambien hambre cuando no alcanza las especies de las cosas divinas, las cuales el Señor Dios dará al que se las pida si antes las dos primeras potencias han sido colmadas de bienes por El mismo. Pero, si cree ser rico el que tiene la memoria llena de ideas de cosas vanas y viles, no se ha de estrañar si Dios le deja sin nada. Nuestro profeta David abrazó en conjunto esas tres potencias que hay en toda alma racional, cuando dijo que *el Señor colmó de bienes al alma hambrienta* (1): pues *el alma hambrienta* (añade el profeta Baruch) *da gloria á Dios* (2).

Sienten las almas un hambre santa, cuando no sólo apetecen el pan de trigo, sinó principalmente aquel Verbo que procede de la boca de Dios. De este Verbo y de aquellos que lo comen afirman las Sagradas Letras: *Los que de mi comen tienen siempre hambre de mí, y tienen siempre sed los que de mí beben; los que me esclarecen obtendrán la vida eterna* (3). Más,

---

(1) Psalm. CVI, 9.
(2) Baruch. II, 18.
(3) Eccli. XXIV, 29. 31.

como el hambre solo se quita con el alimento de vida proporcionado, es natural que esa hambre cese desde el momento que el alma hambrienta haya comido el cuerpo de mi Hijo que es el verdadero manjar de vida, segun El mismo asegura: *Yo soy el pan de vida: el que viene á mí no tendrá hambre; y el que cree en mí no tendrá sed jamás. Yo soy el pan vivo que he descendido del cielo; quien comiere de este pan vivirá eternamente; y el pan que yo daré es mi misma carne para la vida del mundo* (1). Este pan enviado del cielo lo comí yo la primera entre todas las criaturas. Por espacio de nueve meses lo llevé en mi seno, y el Espíritu Santo lo vistió con mi carne; lo dí á luz, lo crié á mis pechos, lo eduqué, y hasta los treinta y tres años de su vida fuí en este mundo su madre y compañera. A este mismo, los sacerdotes de nuestra nacion movidos por odio y envidia lo entregaron al pueblo gentil para que fuese crucificado. Despues de muerto yo lo recibí en mi regazo, y luego lo acompañé al sepulcro. Él mismo resucitando al tercer dia se me apareció á mí y á sus discípulos; y pasados cuarenta dias se subió á los cielos en presencia de todos nosotros. Y creemos que ha de venir para juzgar el universo mundo, castigando á los malos con el fuego eterno, y dando á los buenos la gloria interminable. Los que violaren estos artículos de fé, no entrarán en el número de aquellos que al estar hambrientos serán colmados de bienes. Sienten hambre los que creen en dichos artículos con la fe informada por la caridad; porque la fe viene á ser una especie de hambre si se compara con la ciencia y vision beatífica á la cual llegarán solamente aquellos que de este modo habrán sido hambrientos,

(1) Joan. VI, 35. 51. 52.

y en esta vision gozarán sin fin bienes innumerables. Porqué; ¿de qué bienes no gozarán aquellos que gozan del sumo bien, Dios?

Solo falta que digamos algo del hambre, que como dijimos, corresponde á la parte sensitiva. Esto, entre otras cosas, es proprio de Dios que es manantial inagotable de toda clase de bienes, reducir á acto las cosas que solo estan en potencia. Y como el hambre no es más que privacion del alimento, acostumbró Dios preparar alimento no sólo á los hombres criados á su semejanza, sinó tambien á los mismos animales y plantas, y á las mismas criaturas inanimadas.

Con el fin de comenzar por estas últimas, es preciso remontarnos hasta el principio del mundo. Antes de terminar la obra de la creacion, la tierra era informe y vacía, esto es, privada de humor; y fué reducida á acto y vestida de hierbas y árboles por el Verbo que se encarnó en mis entrañas. Las aguas que antes tenian como hambre de ser reducidas á acto fueron congregadas en un solo lugar, y empezaron á producir los reptiles que en ellas viven y los grandes cetáceos y toda clase de animales segun sus especies. Lo mismo ha de decirse, á su manera, de los otros dos elementos, el aire y el agua; y no nos engañarémos si afirmamos esto mismo de la quinta esencia de los cielos (1).

En cuanto á los árboles que tienen alma vegetativa debemos observar, que todos ellos sienten hambre mientras dura el invierno, y no cesa hasta que llega la primavera; al llegar esta estacion Dios hace correr por ellos la savia, y con ella producen más adelante sus frutos respectivos. Así se verifica, que habiendo

(1) Con estas últimas palabras significa el Autor el espacio más alto en el cual giran los astros. (*N. del T.*)

estado hambrientos quedan colmados de los bienes apetecidos.

De los brutos animales que viven vida sensitiva vemos á todas horas, que cuando están hambrientos son saciados con el alimento que les es proprio, lo cual es para ellos un bien, cumpliéndose así lo que dijo mi Hijo: *Mirad las aves del cielo, como no siembran, ni riegan, ni tienen graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta* (1). Y lo que dijo de las aves debemos aplicarlo á los demás animales que cuando tienen hambre Dios los provee de alimentos, y estos son los bienes con los cuales se quita su hambre.

Ahora réstanos hablar de los hombres de quienes propiamente dijimos, que á los hambrientos los colmó de bienes y á los ricos despidió sin nada. Y en primer lugar hablaré de mí misma y de mi pariente Isabel toda vez que las dos estábamos hambrientas. Esta por más que estéril por naturaleza sentia como hambre de tener un hijo, para verse libre de aquella maldicion que comprendia á todas las mujeres estériles; empero yo únicamente deseaba con hambre que se cumpliera en mí la voluntad de Dios. Y ved ahí como Isabel concibió á Juan Bautista que vino á saciar su hambre; y yo siendo virgen, por más que desposada con José, concebí al Hijo de Dios, viniendo á saciar mi hambre el Espíritu Santo. Asì, á nosotras dos que estábamos hambrientas el Dios excelso nos colmó de bienes, porque nos vió humildes y pobrecitas; y en cambió despidió sin nada á opulentas reinas y á otras mujeres, y á hombres ilustres, poderosos y ricos que no sentian esa hambre. Por esto David habia cantado

(1) Math. VI, 26.

ya: *Durmieron su sueño y todos esos hombres opulentos se encontraron sin nada, vacías sus manos* (1).

Largo seria relatar hechos de los cuales aparece como por voluntad de Dios que muchos que eran hambrientos y pobres pasaron á ser ricos, y muchos ricos fueron reducidos á la pobreza. De pobre hizo Dios rico á Abraham; y al contrario, á Faraon de rico lo convirtió en pobre y necesitado. Y esta ley no solo comprende á los hombres pasados sí que tambien á todos los venideros; humildes hambrientos, y ricos soberbios.

Para resumir en compendio una y otra hambre, la que pertenece al espíritu y la que es propria del cuerpo, y á la vez el premio y los bienes que Dios suele dar á unos y á otros hambrientos, y el castigo y los males que sobrevienen á los ricos, referiré las palabras de mi Hijo, que á la vez que hombre es Dios encarnado en mis entrañas. Cuando venga con toda su majestad, acompañado de los Angeles, sentarse há entonces en el trono de su gloria, y hará comparecer delante de Él á todas las naciones, y separará á los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos, poniendo las ovejas á su derecha y los cabritos á la izquierda. Y dirá á los que están á su derecha: «Venid benditos de mi Padre, á tomar pose»sion del reino celestial que os está preparado desde »el principio del mundo. Porque yo tuve hambre y »me dísteis de comer; tuve sed y me dísteis de beber; »era peregrino y me hospedasteis, encarcelado y ve»nísteis á consolarme. A lo cual los justos le respon»derán diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos nosotros »hambriento y te dimos de comer, sediento y te di»mos de beber? ¿Cuándo te hallamos de peregrino y

(1) Psalm. LXXV, 6.

»te hospedamos; desnudo y te vestimos? ¿Cuándo te »vimos enfermo, ó en la cárcel, y fuimos á visitarte? »Y en respuesta les dirá: En verdad os digo, siempre »que lo hicísteis con alguno de estos mis más peque- »ños hermanos, conmigo lo hicísteis. Al mismo tiem- »po dirá á los que estarán en la izquierda: Apartáos »de mí, malditos, id al fuego eterno, que fué destina- »do para el diablo y sus ángeles; porque tuve hambre »y no me dísteis de comer; sed, y no me dísteis de »beber. Era peregrino, y no me recogísteis; desnudo »y no me vestísteis; enfermo y encarcelado y no me »visitasteis. A lo que replicarán tambien los malos: »¡Señor! ¿cuándo te vimos hambriento, ó sediento, ó »peregrino, ó desnudo, ó enfermo, ó encarcelado, y »dejamos de asistirte? Entònces les responderá: Os digo »en verdad; siempre que dejasteis de hacerlo con al- »guno de estos pequeños hermanos, dejasteis de hacer- »lo conmigo. Y en consecuencia irán estos al eterno »suplicio y los justos á la vida eterna (1).»

Oid ahora devotos é hijos mios, y comprended mis palabras que reproducen las de mi Hijo que acabo de citar. Tened entendido, que se llaman hambrientos en la presencia de Dios todos aquellos, que tan pronto ven que uno de sus prójimos padece hambre, en seguida ellos tambien la sienten y se transforman en aquel pobre hambriento, y se condúelen de la miseria en que gime, y que ven ellos por sus propios ojos ó por relacion de los demás, y se apresuran á procurarle alimento con que satisfacer su hambre. Todo esto lo hacen, ya sea el hambre del espíritu, esto es, hambre de enseñanza, de consejo, ó de otros dónes espirituales, ya sea del cuerpo ó de la parte sensitiva; porque es propio del prójimo y amigo

(1) Math. XXV, 31-46.

verdadero compadecerse ó condolerse de aquellos que ignoran é yerran, y proveer á sus necesidades tanto del cuerpo como del alma.

Rico habia sido Job, y al verse en la pobreza puesto en un muladar y lleno de lepra, exclamó: *Yo en otro tiempo lloraba con el que se se hallaba atribulado y mi alma se compadecia del pobre* (1). Habiendo visto Dios esta hambre que sentia ese santo varon en el tiempo que era rico, toleró y permitió que fuese tentado por el diablo, hasta el punto de que perdiera no sólo todos sus bienes sinó tambien todos sus hijos, y se quedara completamente abandonado y cubierto de llagas todo su cuerpo. Pero al fin, Dios volvió sobre él los ojos de su misericordia, y devolviéndole la salud, le concedió otros tantos hijos de los que habia perdido, y le duplicó los demás bienes exteriores. Así que, no es fácil asegurar si Dios le dió esos nuevos hijos y esos bienes duplicados por la paciencia que tuvo en el tiempo de su desgracia, ó si más bien por la compasion y hambre que tuvo para con los pobres en el tiempo de su abundancia.

Ahora escuchad, hijos mios, la trompeta de Isaías que clama: «Parte tu pan con el hambriento, y á los »pobres y á los que no tienen hogar acójelos en tu »casa, y viste al que veas desnudo, y no desprecies tu »propia carne. Si esto haces amanecerá tu luz como »la aurora, y llegará presto tu curacion, y delante de »tí irá tu justicia, y la gloria del Señor te acogerá en »su seno. Invocarás entónces al Señor y te oirá benig- »no; clamarás y él te dirá: Aquí estoy: Cuando abrie- »res tus entrañas para socorrer al hambriento, y con- »solares al alma angustiada, entónces nacerá para tí »la luz en las tinieblas, y tus tinieblas se convertirán

(1) Job. XXX, 25.

»en claridad de medio dia. Y el Señor te dará un »perpétuo reposo, y llenará tu alma de resplandores, »y reforzará tus huesos; y serás como huerto bien re- »gado y como manantial perenne, cuyas aguas jamás »faltarán. Los lugares desiertos desde muchísimos »tiempos serán por tí poblados; alzarás los cimientos »que han de durar de generacion en generacion; y te »llamarán el restaurador de los muros, y el que hace »seguros los caminos (1).

Grandes son por tanto los beneficios que el Espíritu Santo promete por boca de Isaías á los que hicieren obras de misericordia. Y por más que parezca que solo enumera tres, sin embargo vienen todos incluidos en esta palabra *no desprecies tu propia carne,* ó sea, *no desprecies á tu prójimo*. Como todos los hombres son de carne y de la misma especie, no es estraño que sean llamados aquí, *tu propia carne*. En muchos lugares recomienda el divino Espíritu las limosnas corporales, no porque las prefiera á las espirituales, sinó porque las necesidades de los cuerpos son más comunes y más conocidas que las de las almas.

IX.

Acordándose de su misericordia acogió á Israel su niño.

De tanta bondad y de tanta verdad es Dios que cumple siempre abundantísimamente todas sus promesas. Así es, que el pueblo de Israel, al llegar el tiempo señalado por Dios, recibió en forma de niño á su Mesías y Salvador que el mismo Dios, acordándose de su acostumbrada misericordia, habia prometido dar á los antiguos Patriarcas. Y no es que en Dios

(1) Isai. LVIII, 7-12.

esté la misericordia como un efecto de la parte sensitiva, sinó porque se porta con nosotros á manera de un hombre compasivo. Es que ahora cuando hablamos de Dios ó con Dios, empleamos aquel modo de hablar que es comun entre los hombres; cuando nos despojemos de nuestra carne, usaremos un lenguaje muy distinto. En esta forma queremos que se entienda, cuando decimos que Dios *se acuerda*; esto es, que se porta á semejanza de aquel que se acuerda de una cosa. Estando todas las cosas presentes en el entendimiento de Dios, no podemos en El suponer el acto de acordarse.

No sin énfasis ni sin misterio, dije: *Acogió á Israel su niño*; para que se comprenda que todos los que deseen ser acogidos por Dios han de ser niños no por la edad sinó por la humildad. Oigan, ruego, mis devotos las palabras de este mi Hijo, que siendo ya de 30 años, en cierta ocasion contestó de la siguiente manera á sus discípulos que le preguntaban: ¿quién seria el mayor en el reino de los cielos? Mi Hijo llamando así á un niño, le colocó en medio de ellos, y díjoles: *En verdad os digo, que si no os volveis y haceis semejantes á los niños no entraréis en el reino de los cielos. Cualquiera, pues, que se humillare como este niño, ese será el mayor en el reino de los cielos* (1). Y como de esa humildad hemos hablado ya bastante en los versículos anteriores, nos limitarémos á hacer constar esto que la experiencia nos ha enseñado, á saber; que no hay un solo camino que mejor nos pueda conducir á la bienaventuranza eterna que el de la humildad, sin la cual no pueden subsistir en el hombre adulto las demás virtudes.

En el tiempo en que más enfermo estaba el pueblo de Israel por el culto que tributaba á los ídolos, aco-

(1) Math. XVIII, 1-4.

gió Dios á su niño Israel, esto es, á la humanidad de mi Hijo Cristo unida al mismo Dios, la cual representa á todo el pueblo israelítico para que Dios hecho hombre y hombre niño fuese el médico que, á manera de un tierno y cariñoso niño, curase las enfermedades de su pueblo, y se compadeciera principalmente de aquellos que ignoran é yerran. La edad pueril es muy inclinada á la misericordia; y esa edad se atribuye Dios de quien es propio compadecerse siempre y perdonar. Y si es peculiar del varon magnánimo olvidarse de las injurias y ser generoso con aquellos que le ofendieron, ciertamente Dios que es la misma magnanimidad y la fuente y orígen de todas las virtudes, no sólo olvidará las injurias, sí que tambien hará grandes beneficios á los que á El se conviertan, según nos dice El mismo: *Convertíos á mí, y yo me volveré á vosotros* (1).

Si pues tú, oh cristiano lector, cuando reconoces haber caido en pecado, deseas acoger á Dios, haz que á manera de un tierno niño te acuerdes con dolor de tu caida, y entónces atraerás indudablemente la misericordia de Dios que te tratará no con aspereza sinó con suavidad y á semejanza de un niño cariñoso que juega contigo.

X.

Segun la promesa que hizo á nuestros padres, á Abraham y á su descendencia por los siglos de los siglos.

ACOSTUMBRÓ el Señor Dios hablar por medio de sus ángeles á los hombres, muchas veces á los predestinados y algunas otras á los pecadores; á éstos á fin de que se apartaren de los malos caminos en que

(1) Zach. I, 3.

habian entrado, y á aquellos para que perseveraren en el buen camino comenzado. Al Patriarca Abraham se dignó Dios hablarle por las muchas virtudes que en él encontró, entre las cuales resplandece extraordinariamente la misericordia. Admitia á su mesa á todos cuantos pobres hallaba; pues ciertamente, que si á unos hubiese admitido y á otros hubiese rechazado, no se habria hecho digno de hospedar en su casa á aquellos tres ángeles de los cuales á uno sólo adoró. En esta virtud podemos decir que imitó á Dios que hace salir el sol sobre justos y pecadores. La segunda dote ó virtud de Abraham fué la fe admirable que tuvo en Dios; creyendo todo cuanto le habia prometido. La tercera virtud fué la obediencia que prestó á Dios, cuando le ofreció en sacrificio á su hijo unigénito. Por este hecho mereció, que entre todos nuestros antiguos patriarcas oyere del ángel enviado por Dios estas palabras: «Por mí mismo he jurado, dice »el Señor; que en vista de la accion que acabas de »hacer, no perdonando á tu hijo único por mí, yo te »llenaré de bendiciones, y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo, y como la arena que »está en la orilla del mar; tu posteridad poseerá las »ciudades de tus enemigos, y en un descenciente tuyo »serán benditas todas las naciones de la tierra, porque »has obedecido á mi voz.» (1).

No niego, que no se encuentra caridad ú obediencia mayor que aquella por la que uno entrega su vida en bien de sus amigos; pero aparece mayor la obediencia en aquel padre que teniendo un hijo único y queridísimo lo entrega á la muerte, sin quedarle siquiera la esperanza de alcanzar otro hijo. Hay en los hombres un deseo innato por el que siendo como son

(1) Gen. XXII. 16-18.

mortales, desean sin embargo imitar la inmortalidad de Dios, procreando hijos que á su vez procreen otros, y que así indefinidamente se vayan sucediendo unas á otras las generaciones. Abraham ahogó en su corazon este natural deseo al ofrecer á su hijo unigénito en sacrificio, sin quedarle la esperanza de procrear otro; y esto lo hizo por obedecer á Dios. No hay duda, que si á un padre anciano que tiene un hijo único dotado de excelentes cualidades se le diera á escoger entre morir él por defender la vida de su hijo, ó morir este para salvar la suya, desde luego escogeria lo primero. De donde se desprende cuán admirable fué la obediencia de Abraham que llegó á quebrantar en cierto modo la misma ley natural á fin de obedecer á nuestro Dios.

Por esto Dios, acordándose de su misericordia por el hijo unigénito de Abraham ofrecido en sacrificio, ofrece ahora á Israel su proprio Hijo unigénito para que sea sacrificado. Sabido es, que Dios suele por una cosa pequeña conceder un beneficio grande. Abraham siendo como era hombre mortal ofreció á Dios en sacrificio á su hijo que era tambien mortal. Más Dios, siendo aquel Ser sobre el cual no puede imaginarse otro mayor y que no tiene principio ni fin, por un hijo hombre entregó á Israel un Hijo Dios y eterno para que fuese sacrificado. Esta mudanza obra es de la diestra del Altísimo.

Cumplió por tanto, Dios su promesa, cuando se dignó hacerme Madre de ese Niño en quien como descendiente de Abraham serian benditas todas las naciones de la tierra.

Oracion del Autor á la Santísima Virgen Madre de Dios.

Oh clementísima Madre del Dios excelso! yo el más humilde de tus devotos, ruègote que castigues suavemente la temeridad, ó más bien osadía, que he cometido al atreverme á exponer tu divino Cántico. Tú que siendo yo niño, y habiéndome caido en un profundo pozo, me conservaste por espacio de muchas horas en tu regazo (1); te suplico, que no apartes los ojos de tu misericordia de este anciano que te está obligadísimo. Y si no pude recoger las purpúreas flores de tu glorioso Cántico, te ofrecí sin embargo lo que me sugirió mi entendimiento nó lo que deseara mi corazon á tì consagrado desde la infancia. Sé con toda certeza que si tú misma hubieres escrito la exposicion de tu Cántico, no ya los hombres, sinó ni aún los ángeles hubiesen comprendido la sabiduria de tus escritos. Pero siendo yo hombre y como tal imperfecto, y por otra parte habiendo escrito para hombres, no merezco ser rechazado de tu presencia. Tú pues, oh abogada de los pecadores, recibe, te ruego, las lágrimas y suspiros de este tu devoto hijo, y otórgale el perdon de sus faltas; no dejaré de esperarlo confiado en tu bondad.

(1) El hecho prodigioso á que alude el autor en este lugar y en el párrafo V de la Exposicion de la *Salve Regina*, nos lo refieren tambien algunos de sus biógrafos. Contaba el Cardenal. segun él mismo nos dice, la edad de siete años, cuando cierto dia que su madre, lavandera de oficio, lo habia dejado al cuidado de unas vecinas se cayó jugando en un pozo del patio de la casa. Pasadas ya muchas horas lo sacaron como muerto; pero su afligida madre llena de confianza lo lleva á la iglesia, lo coloca sobre el altar de la Virgen, y al poco rato el niño recobra de nuevo los sentidos y el habla, y en presencia de todos declara que una Señora, la Virgen Maria, lo habia conservado entre sus brazos durante todo el tiempo que estuvo sumergido en las aguas del pozo. (Véase Perez *Apuntamientos para la historia de los Arzobispos de Toledo* MS. de la Biblioteca de la Catedral de id. «signat. 27-27, fól. 170;» pero hay que rectificar la edad que este escritor dice que tenía el Cardenal al acaecer este hecho.) (*Nota del T.*)

EXPOSICION DE LA SALUTACION ANGÉLICA.

I.

Dios te salve, María; llena eres de gracia.

Gózate y alégrate, oh Maria; porque Dios te ha enriquecido con tanta y tal gracia, que aventajas á todos los hombres y sobrepujas á todas las legiones de los ángeles. Tú eres la única sin maldicion, sin caida, sin mancha; inmune de pecado original, venial y mortal, de tal modo has complacido al Altísimo, que te ha dado la plenitud de toda virtud y gracia. De la primera mujer Eva tentada por el ángel malo nos vino todo género de males; de tí, oh Maria, saludada por el angel bueno, nos vienen todos los bienes. Eva nos trajo la tristeza, tú la alegria. ¡Salve pues, oh Maria! Gózate y alégrate, repito; porque ante Dios, ante los ángeles y los hombres resplandeces con una gracia que jamàs otra pura criatura tuvo ni tendrá igual.

En otro tiempo, la profetisa Maria, primera de este nombre, y hermana de Aaron, tomó en sus manos un pandero, y seguida de todas las mujeres de los hebreos con panderos y danzas, iba cantando estas palabras: *Cantemos himnos al Señor, porqué ha dado una gloriosa señal de su grandeza; ha precipitado en el mar al caballo y al jinete* (1). Tú, oh Maria Señora nuestra, tú que

(1) Exod. XV. 21.

representada por aquella otra, eres verdaderamente Maria, profetisa de todos los profetas, toma el pandero en la mano, y saldrémos en pos de tí todos tus siervos con panderos y danzas; entona tú la primera, y te seguiremos sin demora alguna cantando himnos al Señor, porque gloriosamente se ha engrandecido, precipitando en el mar al caballo y al ginete. Aquella Maria, por las palabras *caballo y ginete*, significó al pueblo egipcio y al rey Faraon que perecieron sepultados por las olas del Mar Rojo que se habia abierto para dar paso al pueblo fugitivo de Israel. Pero nosotros, entendemos por *jinete* à Satanás, y por *caballo* á sus satélites, todos los cuales fueron sumergidos y ahogados en lo más hondo por tí, oh Maria.

Puede significar tambien el nombre *Maria*, mar y mar amargo. Eres pues, oh Maria, y con razon, mar *amargo* para todos aquellos que son enemigos de tu pureza y que hablan de tí con desprecio. Empero al contrario; eres mar *resplandeciente*, significacion que tiene tambien tu nombre *Maria*, para todos aquellos que te confiesan llena de gracia. Cantemos, por tanto, nosotros siervos y devotos tuyos que deseamos ser por tí iluminados, cantemos himnos al Señor Dios nuestro, diciendo: «Gloriosamente te has engrandecido, oh Se-
»ñor que has precipitado en el mar al caballo y al gi-
»nete. En verdad debes ser llamado magnífico, oh Se-
»ñor, que tan grande has hecho á una tierna virgen,
»que antes de llegar á la edad de catorce años precipi-
»tó y ahogó en el mar á aquel malvado Faraon con
»todo su séquito. Tú, oh Señor, en tu bondad y mag-
»nificencia, diste tanta fortaleza y tanta abundancia de
»dónes á la gloriosa Virgen, que apartó lejos de sí to-
»das las seducciones de la carne y todos los demás
»atractivos de que se vale Satanàs para conquistar el
»mundo entero. Gloriosísimamente te has engrande-

»cido, oh Señor Dios, en tu Virgen y Madre Maria
»que así ha triunfado, dando muerte al horrible ene-
»migo Satan que tantas ruinas causaba en todo el
»mundo, y que como invictísima triunfadora al mo-
»mento te cantó con un pandero más armonioso que
»el de la otra Maria aquel himno tan placentero para
»la Iglesia militante: *Mi alma engrandece al Señor, y*
»mi espíritu se transportó de gozo en Dios mi Salvador...»

En la primera edad del mundo, el Señor destruyó por medio de las aguas á Egipto, esto, es, á todos los pecadores que, como caballo indómito montado por Faraon, eran llevados por todos los senderos de los vicios, sin que pudieran tomar otra direccion guiados como estaban por Satanás. Y antes de la formacion de Adan en el paraíso, se levantó en el cielo el pueblo egipcio de los demonios, contra quienes combatieron Miguel y sus ángeles, y los precipitaron á la tierra donde dominaron por millares de años; y desde la caida de Adan hasta tu advenimiento, ¡oh Maria,! no hubo quien se atreviera no ya á vencer, pero ni siquiera á combatir á esos enemigos. Gózate y alégrate, oh Maria! porque tú sola fuiste elegida por Dios llena de gracia, para quebrantar la cabeza de Satán, y para precipitar en el mar á él y á su caballo, ó sean sus satélites.

Salve pues, oh triunfadora de los demonios, destructora de los vicios, la más fuerte entre los ángeles, tesoro de toda gracia, la más refulgente de las estrellas, virgen de las vírgenes, fuente del paraiso, rosa inmarcesible, refugio de los pobres, descanso de los fatigados, camino de los peregrinos, puerto de los navegantes, medicina de los enfermos, corona de los bienaventurados, asilo de todos los que á tí recurren, emperatriz poderosísima del universo. Tu, Señora nuestra, que después de Dios tu Padre y de tu Hijo y del

Espíritu Santo eres la primera en el reino de los cielos, alcánzanos, te rogamos, de Aquel que nos diste á luz, el Mesias Salvador y Protector, que se digne darnos á nosotros cristianos aquella porcion de gracia, con la cual nosotros y todas las almas que nos están confiadas podamos librarnos de los lazos del demonio y conservarnos en pureza de vida. Amen.

II.

El Señor es contigo.

Que eres llena de gracia, oh Maria, puede colegirse como un consiguiente que se deriva de este antecedente, *el Señor es contigo*. Desde luego, si el Señor es contigo tú eres llena de gracia, porqué donde está el Señor Dios hay tambien la plenitud de las gracias. Profundo misterio se encierra en estas palabras, *el Señor es contigo;* ni en vano el Angel Gabriel á tí enviado por Dios, despues de saludarte te dijo, el *Señor es contigo* y no dijo, *eres con el Señor*. Es que conoció que tú desde aquella hora habias de ser Madre de Dios; y por esto usó esa frase *el Señor es contigo*, como dando á comprender la natural reverencia que Dios próximo á nacer de tí, tributaria á la Virgen Madre.

Gózate y alégrate pues, oh Maria, porque el Señor en quién, por quién y con quién son todas las cosas, es contigo; contigo como un hijo con su madre, contigo como un niño de pecho con su nodriza, contigo como un pupilo con su tutor. Si anhelamos encontrar á Dios, en ninguna parte tendremos más seguridad de hallarle que contigo; si deseamos obtener de Él alguna cosa acompañándonos tú no nos faltará. ¿Qué significa *el Señor es contigo*, oh Maria, que en lengua

siriaca se interpreta *Señora*, sinó que el Señor está con la Señora? Satanás no pudo acometer á Adan más que por medio de Eva; y nosotros tememos acercarnos á Dios si no somos introducidos por tí, oh Maria. Y si el Señor es contigo, como llevamos repetido: ¿quién será tan osado que despreciándote á tí, se atreva á llamar á Aquel que le ha de reprender? Porqué, le dirá el Señor Dios; «¿qué haces oh desvergonzado? ¿por ventura no ves que yo estoy con »Maria, que estoy con la Señora de los ángeles, que »estoy con mi Madre? ¿Qué insolencia te ha movido, »qué soberbia te ha ofuscado, y quién eres tú para »que te oiga despues que has despreciado á mi estimadísima Madre? Sepas que nada has de alcanzar »de Mí, si quieres hacer caso omiso de mi Madre escogidísima.» Esto es, oh llena de gracias Maria, lo que el Angel Gabriel quiso significar no sólo á tí, sí que tambien á los ángeles y á los hombres, cuando dijo, *el Señor es contigo*. Como si dijera; de hoy en adelante ya no hay que buscar al Señor Dios fuera de tí. De donde se sigue, que todo aquel que es enemigo tuyo y que desprecia tu culto se hace indigno de que pueda encontrar á Dios.

En otro sentido pueden igualmente entenderse, oh Maria, las palabras, *el Señor es contigo*. Siendo tú criatura humana halláste tanta gracia en los ojos de Dios, que se ha hecho hombre en tus entrañas. Y si Dios dijo: *con el santo te ostentarás santo, y con el perverso serás como él merece* (1); debemos creer que el Señor Dios es Hombre al constarnos que está con la criatura humana Maria. Dínos ahora tú, oh Maria; ¿porqué te turbaste al oir estas palabras *el Señor es contigo* pronunciadas por el Angel, sinó porqué por

(1) Psalm. XVII. 26.

ellas conociste, que Dios se habia de humanar en tu seno, y que habia de morir Aquel que por naturaleza es inmortal, y comprendíste por la fe todas las demás cosas que son consiguientes al misterio de la Encarnacion? las cuales de tal manera extrañaron á los sabios de este mundo que no quisieron creerlas, figurándose que eran de todo punto imposibles. Y de estos tales dijo el Señor. *Destruiré la sabiduria de los sabios, y deshecharé la prudencia de los prudentes* (1). Tù pues, oh Maria, sapiéntísima entre los ángeles y los hombres, fuíste enriquecida con tal gracia despues de oir estas palabras *el Señor es contigo*, que sobrecogida de admiracion escuchaste lo que el Angel Gabriel al momento te declaró diciendo: «No temas, oh »Maria, porqué has hallado gracia en los ojos de Dios. »Sábete que has de concebir en tu seno, y darás á luz »un hijo á quien pondrás por nombre *Jesus*. Este será »grande, y será llamado Hijo del Altísimo, al cual el »Señor Dios dará el trono de su padre David, y reinará »en la casa de Jacob eternamente, y su reino no tendrá fin.» (2).

Gózate, pues, y alégrate, oh Maria, porque Dios está contigo, y siendo tú humana criatura, nos has dado á Dios hombre. Si Gabriel á tí enviado desde la corte celestial te habló con tanta cortesía y tal majestad de palabras cuando aún no habias sido constituida Madre de Dios, nosotros pequeñitos y balbucientes ¿qué lenguaje y qué palabras usarémos cuando vamos á tí Madre de Dios Altísimo, la más encumbrada de las mujeres, para implorar tu auxilio? Perdónanos, te rogamos, oh Señora, que viles como somos pronunciemos con lábios ménos puros la Salutacion Angé-

(1) 1.ª Cor. I. 19.
(2) Luc. I. 30-33.

lica, y que no te la ofrezcamos con la debida reverencia.

Salve pues, oh Maria, arca de oro de los dos testamentos, sagrario del Señor Altísimo, fuente de las divinas aguas, vid santa del sarmiento eterno, puerta del paraíso, depósito del tesoro inmenso, antorcha de la luz divina, campo de flores siempre florecientes, arbol de la vida, albergue del Rey excelso, huerto de delicias, nave de preciosas mercancías, ciudad del Emperador. Tú la única que merecíste tener contigo al Señor Jesus nuestro Redentor, rogámoste, que nos alcances nos admita como siervos á tí consagrados, y finalmente que en compañia tuya nos haga moradores de aquella Jerusalen celestial. Amen.

III.

Bendita tú eres entre todas las mujeres.

GÓZATE y alégrate, oh Maria, porque tu sola entre todas las mujeres, de tal modo has agradado al Altísimo que á todas las mujeres aventajas en la bendicion, esto es, en la fecundidad del parto que se dá á las mujeres. Esta fecundidad aún cuando la hubiesen tenido por naturaleza todos los hombres y los mismos ángeles, sin embargo tú tambien los aventajarias como aventajas ahora á las mujeres todas. Y si son muchas las mujeres que procrearon hijos en gran número, no por esto podrán igualarse en la bendicion á tí que diste á luz un solo hijo; porque aquellas parieron hombres sujetos al pecado y esclavos de la concupiscencia, más tú has dado á luz al único hombre exento de todo pecado y á la vez Dios y Señor del mundo. Bendito el vientre que llevó á tal Dios Hombre, y benditos los pechos que le amamantaron. Ben-

dita seas tú entre las mujeres que diste al mundo un Sol tan admirable, que con él reviven las cosas muertas, y las marchitas recobran su verdor; con él desaparecen las tinieblas, y vivìsimos resplandores lo inundan todo; con él huye el invierno, y recojemos por los prados las flores de la primavera que despiden suavísimos aromas.

Gózate y alégrate, oh Maria; porque tú sola fuiste exenta de la maldicion lanzada por Dios contra la primera madre Eva y contra todas las demás mujeres que con dolor paren á sus hijos y pierden la flor de su virginidad. Tú, oh Maria, fuiste entre todas la única escogida que conservando la hermosura de tu virginidad concebiste al Verbo del Padre, y sin dolor alguno diste al universo mundo el hijo concebido, cantando los ángeles: *Gloria á Dios en lo más alto de los cielos, y en la tierra paz á los hombres.* (1).

Bendita, pues, tú entre todas las mujeres, que fuiste la única que merecíste tal don de bendicion en la presencia de Dios. ¡Oh inescrutable sabiduria de Dios! oh incomprensible bondad divina! Se niega aquella gran bendicion á los que la desean, y se dá á tí, oh Maria que no la deseas y que hasta la rehuyes. No puede darse bendicion mayor para una mujer que el ser constituida Madre de Dios. Todo el humano poder no puede alcanzar tan excelsa dignidad. Por lo cual confesamos que es don de Dios y dádiva del Señor. Y esta dignidad altísima te fué dada á tí, oh Maria, porque fuiste la más humilde de las criaturas, y tanto más agradaste al Señor cuanto que te considerabas en tu espíritu la más despreciable de todas. Dinos, te rogamos, oh Señora; ¿de dónde aprendiste esta manera de discurrir, y que maestro tuviste que

(1) Luc. II, 14.

así te enseñó el desprecio de este mundo? Bendito tu entendimiento que tuvo por Maestro al Espíritu Santo por quien fuiste fecundada antes de ser Madre.

Salve, pues, oh gloria de las mujeres, piedra preciosa de las vírgenes, modelo de las casadas, consuelo de las viudas, tálamo incorrupto, morada de la Trinidad, portadora del Verbo divino, conocedora de los altísimos misterios, reparadora de toda ruina, más capaz que los cielos, norma de la humildad, piélago de las virtudes y de todas las gracias, templo del Espíritu Santo, casa bendita, abogada de los pecadores, guia de los errantes. ¡Oh Maria! soberanamente bendita entre todas las mujeres, busca, te ruego, á tu siervo errante como ovejuela perdida; y á mí y á todos los cristianos vuélvenos al aprisco de tus ovejas, de manera que seamos participantes de tu bendicion, ni nos abandones en este tiempo en que más necesitamos de tu patrocinio ante Dios Padre y tu Hijo bendito y el Espíritu Santo que procede de uno y de otro: haz que de tal modo estemos á tí unidos que jamás podamos ser separados de tí. Amen.

IV.

Y bendito es el fruto de tu vientre Jesús.

El árbol bueno, el árbol santo, el árbol bendito produce frutos benditos. ¡Oh Maria bendita entre todas las mujeres! gózate y alégrate, porque has dado al mundo aquel fruto bendito en quien son benditos todos los hombres. Este fruto de tu vientre es aquella semilla en otro tiempo prometida por Dios al mundo, cuando dijo á Abraham: ***en tu descendencia serán benditas todas las naciones*** (1). Esta semilla enviada del

(1) Gen. XXII, 18.

cielo es aquella que cayó en tierra buena, y dió fruto á ciento por uno. Ciertamente no darias, oh Maria, tan precioso fruto, si no fueres tierra bendita. Con razon profetizó de tí el Salmista diciendo: *Tu has derramado, oh Señor, la bendicion sobre tu tierra; tu has libertado del cautiverio á Jacob* (1); y en otra parte: *Derramará el Señor su benignidad, y nuestra tierra producirá su fruto* (2). Bendita tú, oh Maria, qué tan bendito fruto nos has producido; y b ndito es el fruto que te hizo bendita antes que naciera de tí, y aún antes que fuera concebido en tu seno.

En todas las plantas vemos que el árbol da su virtud al fruto, pero no al contrario; porque la virtud del árbol es anterior en naturaleza y en tiempo al fruto y es causa del mismo. Esta misma ley guardan no sólo las plantas sí que tambien todos los animales que tienen fuerza productiva. Pero tú, oh Maria, has pasado por alto esa ley, dando á luz á tu Criador, y recibiendo la fecundidad de Aquel mismo que habias de parir. Bendito, pues, tal Hijo que antes que fuese Hijo tuyo, bendijo á tí que habias de ser su Madre. Bendito tal Hijo no solo entre las mujeres, y entre los hombres, y entre los mismos ángeles, sinó absolutamente bendito, porque sobre todas las cosas es bendito Dios por los siglos de los siglos.

En otro tiempo el fruto del árbol del paraiso terrenal atrajo la maldicion sobre Eva que lo comiò; más este fruto del arbol del paraíso celestial diote la bendicion á tí, oh Maria, que lo comiste. Aquel dió la muerte al mundo, éste la vida. Aquel abrió las puertas del infierno y cerró las del paraíso; este franqueó los cielos y estrechó el ancho camino del infierno.

(1) Salm. LXXXIV, 2.
(2) Psalm. LXXXIV. 13,

Bendito el tal fruto que tiene por nombre *Jesus*, que significa á la vez Conservador y Salvador. El que comiere de este fruto vivirá eternamente. Este fruto dió á San Pablo aquella vida que le hacia exclamar: *yo vivo ahora, ó más bien, no soy yo el que vivo, sinó que Cristo vive en mí* (1). Este fruto preserva de toda corrupcion al que lo come, y le salva de todo peligro. No podemos comer, oh Maria, este fruto, si tú no nos lo das á nosotros que estamos hambrientos; y gozosos creemos que nos lo darás, si confiadamente recurrimos á tu clemencia cantando aquel cántico de Gabriel; *Dios te salve, oh llena de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres;* añadiendo aquellas otras palabras de tu parienta Isabel; *y bendito es el fruto de tu vientre;* y á la vez pronunciando el nombre de *Jesus* con el que llamamos á este tan excelente fruto. Esto enseñó el Angel por mandato de Dios, y por El inspirada la Iglesia añadió á las dichas palabras de Isabel el nombre de Jesus.

Salve, pues, Maria, origen de toda bendicion, campo fertilísimo de la tierra, árbol florido, fruto inacabable, vientre más fecundo que el cielo, tabernáculo de la divina gloria, sagrario del Verbo divino, dulce custodia de la Divinidad, reclinatorio del nombre Tetragrammaton, silla de la divina sabiduria, tálamo del esposo que no duerme, mirra de esquisita fragancia, fundamento de todo el orbe, reparadora de la universal ruina.

Tú, oh Maria, que nunca dejas de recibir á los que á tí recurren, extiende el manto de tu misericordia sobre nosotros que desde largo tiempo te estamos consagrados, para que debajo de él podamos librarnos de las asechanzas de todos los enemigos y hacernos

(1) Galat. II. 20.

participantes del fruto bendito de tu santo vientre. Amen.

V.

Santa Maria Madre de Dios ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte. Amen.

Creemos que las celestes Virtudes y las ángelicas Potestades cantan á Dios sin cesar, ***Santo, Santo, Santo,*** lo cual en Dios significa, lo mismo que ***Fuerte, Fuerte, Fuerte***; porque por más que Dios Altísimo sobrepuje á todos los séres del universo y se quede de ellos á una distancia infinita, deja sin embargo que brille magníficamente entre todos sus atributos el de la fortaleza. Esta fortaleza experimentó Ana, mujer de Elcana, la cual siendo estéril obtuvo con sus oraciones que Dios la oyera, y que á pesar de las leyes de la naturaleza la hiciera fecunda. El cual portento reconociéndolo Ana prorrumpió en este cántico: *Nadie es santo como lo es el Señor; no hay otro Dios fuera de tí; ninguno es fuerte como nuestro Dios* (1). Y habiendo experimentado David esta misma fortaleza, el dia que le libró el Señor de manos de sus enemigos y del poder de Saul, así cantó: *El Señor es el baluarte mio y mi fortaleza, y El es mi Salvador. Dios es mi defensa, en El esperaré; es mi escudo y el apoyo de mi salvacion* (2). Ni tampoco podemos dudar que Faraon hizo resistencia á Moisés para que así se manifestase la fortaleza de Dios en toda la tierra.

Tú, oh Maria, después de Dios has sido hallada la única entre las puras criaturas; á quien conviene de un modo excelente el nombre de Santa; porque

(1) I Reg. II. 2.
(2) II Reg. XXII, 2-3.

tanta santidad, ó sea fortaleza, hubo en tí, que á Dios por esencia fuertísimo, impasible, inmortal y que no podia caber en los cielos, tú le hiciste bajar del cielo á la tierra, y lo llevaste en tu vientre, y mortal y pasible lo diste al mundo. Tú, oh santísima Maria, eres aquella mujer fuerte que con anhelo buscaba Salomon en sus parábolas, diciendo: *¿Quién hallará una mujer fuerte? De mayor estima es que todas las preciosidades traidas de léjos y de los últimos confines del mundo (1). Tú eres como la nave del comercio que trae de lejos el sustento. Muchas son las hijas que han allegado riquezas; más á todas has tú aventajado (2);* porque sola tú mereciste ser constituida Madre de Dios que es la dignidad mayor que podemos representarnos en una mujer. Digamos por tanto con sobrada razon que á las demás de tu sexo se les ha dado la gracia por partes, pero sobre tí se ha derramado toda la plenitud de gracia y santidad.

Ea pues, santa de los Santos Maria, fuertísima entre todas las mujeres, estupor de los ángeles, terrible como un ejército en orden de batalla, panal de exquisita miel, acueducto del paraiso, ave fenix única en el mundo, viña del Señor, hermoso olivo de los campos, cedro altísimo, el más hermoso entre todos los árboles, albergue de los peregrinos, báculo de los cojos, consuelo de los desterrados. Oh Madre Santísima de Dios, ruega por nosotros pecadores à Dios para que con su bondad perdone nuestros pecados. Reconoce, oh Señora, á los esclavos de tu Hijo comprados con su sangre. No se verifique que haya sido en vano derramada sangre tan abundante y preciosa. Haz por tanto, oh clementísima Madre, que á aquellos que tu Hijo

(1) Prov. XXXI, 10.
(2) Prov. XXXI. 14. 29.

compró con su sangre, tú los redimas tambien con tus súplicas y los hagas de nuevo suyos. Asístenos, te rogamos oh Señora, cuando llegue el momento de nuestra muerte, para que por tí guiados podamos postrarnos á los pies de tu Hijo Jesucristo Señor nuestro, con el cual y su Padre y el Espíritu Santo vives y reinas en los cielos por infinitos siglos de los siglos. Amen.

Exposicion de la Salve Regina.

I.

Dios te salve, Reina y Madre de misericordia.

La Iglesia militante regida por el Espíritu Santo, comienza con este saludo la tan conocida y celebrada oracion que en todas las iglesias se canta casi siempre despues de Completas, en alabanza de la bienaventurada Virgen Maria. En dicha oracion, despues de los egregios atributos que aplicamos á la Virgen, la suplicamos que nos conceda tres beneficios: primero, que vuelva á nosotros sus ojos misericordiosos; segundo, que nos enseñe á su Hijo bendito, terminado el destierro de esta vida; y tercero, que ruegue por nosotros para que nos hagamos dignos de las promesas de Jesucristo.

Tú, pues, oh Reina del mundo, que nos diste el Salvador del mundo, salve. Tú que no sólo eres Reina de los hombres, sí que tambien de los ángeles, salve. Y otra vez te repito, salve, porque no eres solamente Madre de los desgraciados, sinó que has merecido ser llamada Madre de la misma misericordia. A la verdad; siendo tú Madre de Dios, de quien es propio compadecerse siempre y perdonar, no debemos poner en duda que con justicia se te llama Ma-

dre de las misericordias. Y si es oficio de tal y tan excelsa Reina regir á aquellos que son súbditos suyos, y alimentar con la leche purísima de sus pechos á los que son sus hijos: ¿qué hacemos nosotros pecadores hambrientos y sedientos, que como olvidados de nuestros propios intereses y como si estuviéramos faltos de juicio, no corremos ligeros à los pechos de nuestra Madre para recibir aquel divino néctar que extinguirá nuestra hambre y nuestra sed? Los médicos no suelen curar las enfermedades del cuerpo con una sola medicina; pero las enfermedades del alma Dios las curó siempre con sola la misericordia. En otro tiempo, enfermado habia David con dos enfermedades, á saber, el adulterio y el homicidio; y él recurriendo al Señor en demanda de la medicina de la misericordia exclamó: *Ten piedad de mí, oh Dios, según la grandeza de tu misericordia* (1). Aún no habias nacido tú, oh Maria Madre de Dios, á quien seguramente habia recurrido aquel Rey penitente, como al tesoro y Madre de misericordia, para impetrar el remedio de sus enfermedades.

Por tanto, tú oh cristiano lector, desde el momento que te sintieres herido por algun pecado, acude sin demora á los pies de esa Reina Madre de misericordia á fin de pedir el bálsamo de la misericordia para tu herida, y si así lo hicieres regresarás sano á tu casa. Porque; por más que Dios sea el médico que cura, sepas sin embargo que desde que El nació de la Virgen Madre Maria, á ninguno curará qne habiendo hecho caso omiso de la Madre en quien está la medicina, no lleváre en sus manos el humilde ramo de la misericordia. Este lo obtendrás si tuvieres á Maria por

(1) Psalm. L. 3.

Patrona ante su Hijo que es la misma misericordia por esencia.

Muchas y casi innumerables reinas sabemos que existieron en el mundo, pero todas sujetas al pecado y esclavas de la concupiscencia. Salomón tuvo cerca setecientas concubinas reinas que le infatuaron y le hicieron idolatrar. Tú, oh Maria, única y sola reina exenta de todo pecado, apartas de la idolatría á todos tus devotos que á tí recurren. Y bajo del manto de tu misericordia de tal manera reanimas á los que á tí se refugian, que aquellos que vinieron pecadores se marchan justos. A tí, pues, acudimos implorando tu misericordia, á fin de que aquellos que tu Hijo compró con su sangre, sean redimidos de los pecados con tus ruegos y con tu misericordia.

II.

Vida, dulzura y esperanza nuestra, Dios te salve.

SALVE vida de los hombres y de los ángeles sin la cual no podemos vivir. Si lo que se hizo en el Verbo era la vida, por lo que dice El; *yo soy el camino, la verdad y la vida* (1): tú, Reina del cielo, eres la vida, porque eres Madre del mismo Verbo que es llamado Dios y Hombre y fuente de la vida, y en tus entrañas se encarnó el Verbo. Pcr tanto, puedes ser llamada con razon, vida nuestra por la cual vivimos.

La vida en las plantas, en los animales y en los hombres no es más que la prolongacion de la fuerza nutritiva. Mientras son alimentados viven, y cuando dejan de serlo perecen. Así tambien debemos afirmar, oh Maria, que nosotros solamente vivimos mientras

(1) Joan. XIV. 6.

somos por tí alimentados; y el alimento con que nos nutrimos es aquel fruto bendito de tu vientre, Jesus. Más, como tú has dado la vida á aquel fruto alimentándolo, justo es, que por tu intercesion, á nosotros que vivimos de este fruto nos dé Dios la vida, aquella vida que consiste en la fe por la cual creemos que Jesucristo Hijo tuyo es Dios y Hombre enviado por Dios Padre á este mundo para que desde acá nos trasladára á su reino celestial.

Salve, pues, vida nuestra, vida dulce. Para muchos suele ser amarga la vida que viven: sobre todo la de aquellos que se alimentan con el negro pan del pecado, más bien que vida debe llamarse muerte. Tú, Madre y Reina nuestra, siendo la misma dulzura y vida nuestra, dá á tus devotos vida dulce, de tal manera que aquellos que hayan una vez gustado tu dulzura, ya no encuentran jamás manjar alguno amargo.

Salve, te repetimos, oh esperanza nuestra. Porque, no sucede jamás que aquellos que en tí esperan se vuelvan sin nada, sino que alcanzan todo cuanto por tu conducto imploran de Dios. Ni permites que se dejen para un plazó largo las súplicas de tus devotos, á fin de que no parezca que quieres aumentar su afliccion, pues la esperanza que se prolonga aflige al espíritu. Tú, oh Maria, que eres escudo de fuego para aquellos que en tí esperan y que ni un momento dejas de protegerlos, salve. Salve, repito, oh Maria, que como vid brotas pimpollos de suave olor, y tus flores dan frutos de gloria. Tú que eres *Madre del amor hermoso, del temor, de la ciencia y de la santa esperanza* en quien *está toda la gracia para conocer el camino de la verdad, y toda esperanza de vida y de virtud* (1), salve. A tí, pues, vida, dulzura y esperanza nuestra

(1) Eccli. XXIV, 24-25.

vamos todos tus devotos, deseando con ánsia saciarnos de tus dulces frutos; porque habiendo tú engendrado á Dios de quien proceden todas las cosas, no es estraño que todas ellas estén contenidas en tus frutos.

III.

A tí llamamos los desterrados hijos de Eva.

A tí, oh clementísima Madre de Dios Maria, como refugio que eres de los desgraciados recorremos nosotros los cristianos, que siendo hijos de nuestra primera madre Eva, por su rebelion contra el mandato de Dios, sufrimos amargo destierro. Así que, se ha cumplido el vaticinio de Jeremías diciendo: *nuestros padres comieron uvas agraces, y los hijos padecieron la dentera* (1).

A tí vamos clamando y suplicando que vuelvas á nosotros tus ojos piadosísimos, y oigas nuestros clamores. Sabemos ciertamente, que si nos oyes, llamados seremos dentro poco de este destierro en que gemimos. Verdaderos desterrados somos todos cuantos hemos contraido el pecado original; porque por más que borrado quedase con las aguas del bautismo, permaneció sin embargo en nosotros el fomes y el espíritu de rebelion. Por lo cual andamos en este mundo triste como peregrinos y desterrados. El consuelo de los desterrados solamente se encuentra en tí que tanto poder tienes, que al Dios omnipotente que está sentado en los cielos y que estos no pueden contener, tú sin obra de varon lo concibisteis hecho niño en tus entrañas, tú lo diste á luz, y tú lo educaste dispensándole todos los oficios de una madre sapientísima y san-

(1) Jerem. XXXI -29.

tísima; todo lo cual nos da derecho á creer que tú alcanzarás de Dios cuantas cosas pidieres.

Esto, pues, te pedimos tus devotos, clamando como desterrados hijos de Eva, que libres por tí de este terrible destierro, podamos llegar á aquella Jerusalen celestial donde gozarémos de tu compañia, y donde como esclavos tuyos nos consagrarémos completamente á tu servicio.

IV.

A ti suspiramos gimiendo y llorando en este valle de lágrimas.

Valle de lágrimas es este mundo como nos lo demuestra la vida del hombre desde su comienzo hasta su ocaso. Todos los hombres luego que nacen, lloran; al morir entregan el alma entre suspiros y gemidos; y durante toda su vida comen el pan con el sudor de su rostro. No hay donde encontrar alivio sinó solo en la esperanza que de tí tenemos, oh Madre de las misericordias.

A tí pues corremos, abogada nuestra; á tí presentamos nuestros suspiros, gimiendo y llorando en este valle de lágrimas. Si Job justo y temeroso de Dios exclamaba: *suspiro antes de tomar alimento, y suenan mis rugidos como las aguas que rompen los diques é inundan* (1); nosotros injustos y pecadores, que estamos encadenados por el mundo, el demonio y la carne, y envueltos en muchas iniquidades, ¿á quién ofreceremos nuestros clamores, gemidos y lágrimas, y á quién suspiraremos sinó á tí oh Madre de Dios, que tanto más vehementes suspiros, gemidos y lágrimas tuviste con motivo de la muerte de tu Hijo, cuanto más á todos nos aventajas en gracia, virtudes y dignidad?

(1) Job. III, 24.

Por tanto, tú Virgen Maria, oye, te rogamos, los clamores, suspiros y gemidos de tus devotos; porque si vuelves tus ojos á nuestras lágrimas estamos ciertos que conseguiremos de tu acostumbrada piedad lo que te pedimos con nuestras oraciones..

V.

Ea, pues, Señora, abogada nuestra; vuelve á nosotros esos tus ojos misericordiosos.

Así como varias y diversas son las clases de enfermedades, así se hallan en tí, oh Virgen Maria, Madre de Dios y abogada nuestra, muchos y distintos remedios, con los cuales sueles curar las enfermedades todas de aquellos que te escogieron por su abogada. Y muchas veces te muestras benéfica hasta con aquellos que no han llegado aún al uso de razon. Entre los cuales debo contarme yo mismo, Arzobispo de Toledo, que habiéndome caido cierto dia en un profundo pozo, á la edad de siete años, tú en el fondo del agua me guardaste entre tus brazos por espacio de muchas horas (1).

De la misma manera que con una misma agua se apaga la sed de muchos aún cuando la beban en distinta cantidad, así tambien tú con una mirada compasiva de tus ojos apagas toda la sed de tus devotos, por más que esto se haga en diversa medida. Extiende, pues, los ojos misericordiosos sobre los pecadores que te invocan, y hazlo no con igual medida sinó segun reclaman sus delitos. Además; así como con una misma voz son atraidos ó retraidos los oyentes según que es áspera ó suave, así con una mirada de tus ojos,

(1) Va referido este hecho admirable de la vida del Cardenal Siliceo en la página 43. (*Nota del T.*)

si es severa huyen aquellos á quienes miras, pero si es plácida son atraidos. Por esto es que tus enemigos huyen cuando los miras, y en cambio son atraidos tus devotos.

Ahora bien, oh Maria; nosotros pobrecitos pedímoste que nos vuelvas no tus ojos misericordiosos cualesquiera, sinó aquellos que son llamados tales enfáticamente, ó sea aquellos tan expresivos que fijaste en tu Hijo clavado en la cruz cuando estaba en la agonía y le contemplabas moribundo con los ojos del cuerpo y del espíritu.

Y siendo la muerte entre las cosas terribles la mayor, porque consiste en la separacion del alma y del cuerpo; debemos confesar aquella separacion por la que Dios se separó de la humanidad de tu Hijo á la cual estaba unido, sobrepujó de mucho á toda otra separacion posible. La separacion supone negacion de union. Y en los tres dias despues de la muerte de Cristo, el Verbo no estuvo unido á la humanidad, toda vez que ésta no subsistió durante este tiempo, pues no puede decirse que haya humanidad donde el alma esté separada del cuerpo (1). Debemos no obstante afirmar que en aquellos tres dias el alma de Cristo estuvo unida al Verbo divino, y lo estuvo tambien el cuerpo. De aquí que el mismo Jesucristo al contemplar en su mente esta separacion que en su muerte habria entre su divinidad y su humanidad, cuando oró á Dios Padre en el huerto dijo: *Padre mio, si es posible no me hagas be-*

(1) Como dice el Doctor Angélico. 3 *Part.*, *q.* 50, *art.* 4 *ad* 1.*m* «él Verbo »de Dios asumió el alma y la carne unidas, y esta asuncion hizo á Dios hom»bre y al hombre Dios. Y dicha asuncion no cesó por haberse separado el Ver»bo del alma ó de la carne; pero sí que cesó la union de la carne y del alma.» En este sentido se ha de entender lo que dice el Autor al hablar de la separacion entre la divinidad y humanidad de Cristo en el tríduo de su muerte, Jesucristo durante este tiempo dejó de ser verdadero hombre, por más que la divinidad no se separó del alma ni del cuerpo. (*Nota del T.*)

ber este cáliz (1). Y cuando estaba ya en el artículo de la muerte, la penúltima palabra que habló con una gran voz fué esta: *Dios mio, Dios mio, ¿porqué me habeis desamparado?* (2). En el lenguaje vulgar lo que ha de suceder muy pronto se considera no sólo como presente sinó tambien como pasado ya. Dicha pues la última palabra: *Todo está cumplido* (3), la humanidad de Cristo de tal manera quedó separada del Verbo divino que no estuvo por él hipostáticamente unida durante el tríduo de su muerte. A esta separacion la llamamos suprema y sumamente dolorosa á la misma humanidad, sin que pueda concebirse otra más acerba.

Por lo cual la muerte de Cristo sobrepujó en acerbidad á toda otra muerte posible. De esto fueron argumento y testimonio, que en el mismo instante de la muerte de Jesucristo, el sol se oscureció, el velo del templo se rasgó en dos partes de alto á bajo, la tierra retembló, las piedras se hendieron, se abrieron los sepulcros, y muchos cuerpos de santos que habian muerto resucitaron al resucitar Jesucristo, y los que salieron de los sepulcros vinieron despues de la resurreccion del Señor á la ciudad santa de Jerusalen y se aparecieron á muchas personas. Y no es estraño que el sol se oscureciese y perdiese su resplandor, despues que hubo muerto el que era su Criador, Cristo Jesus. Convenia que al morir Dios fenecieran todas las criaturas, ó que al ménos se manifestasen como tristes y enlutadas. El velo del templo se dividió en dos partes de modo que la una mitad quedó completamente separada de la otra. De aquí puede inferirse, que habiendo en Cristo dos partes, la divinidad y la hu-

(1) Math. XXVI, 39.
(2) Math. XXVII, 46.
(3) Joan. XIX, 30.

manidad que, como ya dijimos, estuvieron en el tríduo de su muerte separadas, esto es, no unidas hypostáticamente, fué significado este misterio por la rotura del velo. Lo mismo manifestaron las Virtudes angélicas que eran como las que presidian dentro del Santo de los Santos; toda vez que rasgado el velo del templo huyeron clamando: *vámonos de este lugar*. Como si dijeran; no es necesario que estemos cerca de la vara de Aaron y del maná que significan la humanidad de Cristo, desde el momento que vemos que de ella se ha separado el Verbo divino. La tierra se movió y retembló en la muerte del Señor, y como si estuviese calenturienta manifestó á su manera que habia muerto su Criador, y que por más que fuese el último de los elementos no podia contemplar tal muerte sin dolor. Las piedras, que forman la parte más dura de la tierra, se hendieron, declarando así que se hacian á pedazos, porque su artífice Dios se habia separado de su humanidad amantísima. Y si falta aquella suprema union del Verbo con su humanidad, no es de admirar que cesen las demás uniones. La misma significacion que las piedras hendidas parecen tener los sepulcros que se abrieron en la muerte de Jesucristo; pero nótese que al resucitar el Señor resucitaron muchos cuerpos de Santos que habian muerto. Del mismo modo que al morir Cristo Jesus se movieron el cielo y la tierra como en ademan de pedir su propia destruccion, así tambien era muy conforme que al volver Cristo á la vida resucitaran los que habian muerto. Y si Dios que por su naturaleza no tiene vínculo ni apetito alguno que le obligue á unirse con la humana naturaleza, se une con ella en su resurreccion; no tenemos por qué negar ni siquiera dudar, que tambien nosotros resucitaremos como aquellos Santos que habian muerto, toda vez que el

alma racional al verse separada del cuerpo siente un innato apetito de informar de nuevo á su cuerpo y unirse con él.

Ahora bien; si el cielo, la tierra, las piedras y los sepulcros que son criaturas faltas de razon, en la muerte de Jesucristo se hacian pedazos, y á su modo lloraban y deseaban fenecer, porque habia muerto Dios; tú, oh Madre de Dios piadosísima, qué dolor, qué tristeza sentirias, como estarian tus ojos misericordiosos, desde luego confesamos, que tú sola entre las puras criaturas puedes saberlo. Esto sin embargo sabemos por la revelacion; que al tomar el santo Simeon en sus brazos al Niño Jesus, te bendijo á tí, oh Maria, y te dirigió estas palabras: *Mira, este Niño que ves, está destinado para ruina y resurreccion de muchos en Israel, y para ser el blanco de la contradiccion; lo que será para tí misma una espada que traspasará tu alma* (1). Como si dijera: tan acerbo dolor has de sentir por la muerte de tu Hijo, que bastaria para acabar tu vida. Ni dudamos que tú fuiste milagrosamente conservada por Dios, y que padeciste dolores más vehementes que los de todos los mártires; y esto no solo porque muerto tu Hijo estuviste como privada de la dignidad de madre durante aquellos tres dias, sinó tambien porque como olvidada de tí misma, no podias recordar sin estremecerte aquella gran voz que dió tu Hijo al separarse su alma del cuerpo y la humanidad de la divinidad, voz á cuyo eco se conmovieron los mismos cuerpos inanimados hasta el extremo de partirse en pedazos.

Fué costumbre constante entre los antiguos rasgar sus vestiduras cuando recibian alguna triste nueva; más en la muerte de tu Hijo no se rasgó, oh Maria,

(1) Luc. XI, 34-35.

tu vestido sinó tu corazon que habría dado su último aliento á no haberle sostenido un auxilio especial de Dios. Mucho antes de la muerte de Cristo habia profetizado de él David, diciendo: *Cercáronme mortales angustias, me embistieron los horrores del infierno* (1). Lo cual significa, no que el alma bendita de Cristo al bajar al limbo después de muerto sintiera dolor alguno, sinó que en su muerte la separacion del Verbo Divino de su humanidad fué tan acerba que en su comparacion los tormentos del infierno fueron en cierto modo menores. Al sentír y al presenciar con los ojos de tu cuerpo y de tu espíritu todas esas cosas, y al oir que tu Hijo pendiente en la cruz clamaba con gran voz; *Dios mio, Dios mio, ¿por qué me habeis abandonado?* con tal ardor, oh beatísima Virgen Maria, clavaste en Él tus ojos misericordiosos, no cualesquiera sinó aquellos por excelencia que aventajan en misericordia á todos los ojos de los hombres y los de los mismos ángeles, que por ello mereciste obtener de Dios Hijo tuyo esta prerogativa, á saber; que aquellos tus devotos que te escogieren por Patrona ante tu Hijo resuciten de sus pecados luego que imploren tus ojos misericordiosos.

Ea pues, abogada nuestra, esos tus ojos misericordiosos vuélvelos á nosotros que te hemos proclamado Reina nuestra, Patrona nuestra y Madre de misericordia. Y si los vuelves á nosotros, sabemos con toda certeza que todos cuantos incurrido habíamos la muerte del pecado por nuestra culpa, caminando este camino de tres dias en la soledad y el destierro, después de la peregrinacion de esta vida alcanzarémos la bienaventuranza eterna.

---

(1) Psalm. CXV. 3.

VI.

Y después dá éste destierro, muéstranos á Jesús, fruto bendito de tu vientre.

Cuando tú, oh Madre de Dios y Reina nuestra, vivias en este nuestro destierro, mostraste á todo el mundo tu Hijo, Jesus pendiente en la cruz. Ahora que reina ya en el cielo y está sentado á la diestra de su Padre, deseamos nosotros verle; pero no podremos conseguirlo, si termínado este nuestro destierro, no somos introducidos por tí que eres nuestra abogada. Confesamos que te pedimos con esto un gran beneficio, más tenemos en cuenta que los grandes favores se han pedir á aquellos que despues de haberlos otorgado conservan aún poder para hacer otros mayores. No dejes de prometernos, Señora nuestra, lo que con tantas lágrimas te suplicamos; porque, si *Dios ama al que da con alegria* (1), con más razon amará á la Madre que promete una gracia.

En otro tiempo, Eva en el paraíso terrenal ofreció el fruto prohibido á su esposo Adan, quien al verlo lo comió, y por esto no sólo perdió la justicia original, sí que tambien fué lanzado del paraiso y desterrado; y ciertamente que si no hubiese puesto los ojos en tal fruto, no habria caido de estado tan sublime. Aquella Eva, madre de los pecadores, trajo la ruina al mundo, al ofrecer al varon la fruta prohibida: tú oh Maria, que eres madre de los justos, si nos muestras á nosotros que te lo pedimos encarecidamente el fruto bendito de tu vientre no nos causarás de manera alguna la ruina sinó la gloria. Aquel Adan visto el fruto perdió el pa-

---

(1) 2.ª Cor. IX. 7.

raíso y se mereció el destierro; empero nosotros visto Jesus fruto bendito de tu vientre serémos sacados del destierro y conducidos al paraiso.

Tú pues, oh única Madre de Dios piadosísima, harás este gran beneficio á tus devotos, si despues de este destierro nos muestras á Jesus, fruto bendito de tu vientre.

VII.

¡Oh clementísima! ¡Oh piadosa! ¡Oh dulce siempre Virgen Maria! Ruega por nosotros, santa Madre de Dios, para que seamos dignos de alcanzar las promesas de Nuestro Señor Jesucristo.

Muchas son las virtudes que enaltecen á los hombres; pero entre ellas la clemencia de tal modo los eleva que los hace semejantes á Dios, y tanto más los hace resplandecer cuanto mayor es la dignidad que tienen. El valerse del poder para dañar es propio de los demonios, nó de los hombres. Por tanto, siendo tú, oh Maria, Madre del Dios clementísimo, debemos creer que tambien eres tú la Madre de la clemencia. Y como tú eres Reina, y esta virtud es particularmente propia de los reyes, con razon afirmamos que tu eres no solo clemente sinó clementísima. A tí, pues, nos acogemos, rogándote que te dignes ejercer con nosotros la clemencia, intercediendo ante tu Hijo para que nos hagamos dignos de sus promesas.

Admiramos á la vez, oh Virgen Maria, tu piedad, que es la virtud que ocupa el primer lugar entre las que pertenecen à la justicia, ya que nosotros llamamos justicia suprema aquella por la cual damos á Dios las cosas que son de Dios. De Dios son las almas racionales, y lo son tambien las virtudes morales y teologales que hay en las almas; y cuando unas y otras las referimos á Dios confesando que son dónes suyos, entónces nos manifestamos piadosos. Esto mismo hacemos cuando tributamos á Dios el culto que le es debido. En tí. oh piadosísima Madre de Dios Maria, se halla esta virtud de la piedad en grado tan eminente, que excepcion hecha de tu Hijo eres la más piadosa de todas las criaturas.

Que eres dulce, oh Maria, y que eres la misma dulzura, desde luego se desprende de lo que llevamos dicho en el capítulo segundo. Ea pues, dulce amiga de Dios, rosa de la primavera, estrella refulgente, acuérdate de nosotros cuando llegare la hora de nuestra muerte. Tú que antes del parto, en el parto y despues del parto fuiste virgen purísima, tú que eres santa Madre de Dios, y por tanto la más poderosa entre las criaturas por haber engendrado al Dios omnipotente, suplicámoste que te dignes interceder con Él por nosotros para que nos hagamos dignos de las promesas de Jesucristo Hijo tuyo Señor nuestro. Amen.

ÍNDICE.

Pág.

Prólogo del Traductor. 5
Exposicion del divino Cántico "Magnificat„ que pronunció la Madre de Dios por inspiracion del Espíritu Santo, y que se canta todos los dias á Vísperas.—I.—Mi alma engrandece al Señor. 7
II.—Y mi espíritu dió saltos de gozo en Dios Salvador mio. 16
III.—Porque ha puesto los ojos en la bajeza de su esclava, por tanto ya desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones. 20
IV.—Porque ha hecho en mi cosas grandes aquel que es Todopoderoso, cuyo Nombre es Santo. 22
V.—Y su misericordia se derrama de generacion en generacion sobre los que le temen. 24
VI.—Hizo alarde del poder de su brazo; deshizo las miras del corazon de los soberbios. 26
VII.—Derribó del sólio á los poderosos, y ensalzó á los humildes. 28
VIII.—Colmó de bienes á los hambrientos, y á los ricos los despidió sin nada. 30
IX.—Acordándose de su misericordia acogió á Israel su niño. 38
X.—Segun la promesa que hizo á nuestros padres, á Abraham y á su descendencia por los siglos de los siglos. 40
Oracion del Autor á la Santísima Virgen Madre de Dios. . . 43
Exposicion de la Salutacion Angélica.—I.—Dios te salve, María; llena eres de gracia. 45
II.—El Señor es contigo. 48
III.—Bendita tú eres entre todas las mujeres. 51
IV.—Y bendito es el fruto de tu vientre Jesus. 53
V.—Santa María Madre de Dios ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte. Amen. 56
Exposicion de la Salve Regina.—I.—Dios te salve, Reina y Madre de misericordia. 59
II.—Vida, dulzura y esperanza nuestra, Dios te salve. . . . 61
III.—A ti llamamos los desterrados hijos de Eva. 63
IV.—A ti suspiramos gimiendo y llorando en este valle de lágrimas. 64
V.—Ea, pues, Señora, abogada nuestra; vuelve á nosotros esos tus ojos misericordiosos. 65
VI.—Y despues de este destierro, muéstranos á Jesus, fruto bendito de tu vientre. 71
VII.—¡Oh clementísima! ¡Oh piadosa! ¡Oh dulce siempre Virgen María! Ruega por nosotros, santa Madre de Dios, para que seamos dignos de alcanzar las promesas de Nuestro Señor Jesucristo. 72

INDICE

Sp-VII

OPÚSCULOS MARIANOS

DEL CARDENAL SIEICEO, ARZOBISPO DE TOLEDO,

TRADUCIDOS POR EL

Doctor D. Ramon Riu y Cabanas,

DIGNIDAD DE

ARCIPRESTE DE ESTA SANTA IGLESIA PRIMADA,

Y PUBLICADOS POR LA

Academia Bibliográfico-Mariana.

Con licencia eclesiástica.

LÉRIDA

IMPRENTA MARIANA

1891